

De la España Inolvidable

Por Carlos E. Mesa, C.M.F.

ESQUEMA DE UN IMPERIO

Hay libros que nos llegan con su mensaje en hora providencial. Tal acontece a un antioqueño andariego que hace veintiseis años pisó tierras españolas. Uno de los primeros libros que entonces le fueron entregados se titulaba **“Historia del Imperio Español y de la Hispanidad”** por el jesuíta Feliciano Cereceda. Su lectura constituyó como un aperitivo excelente para poder gustar mejor a España. Su contenido histórico y su aliento vitalizante armonizaban maravillosamente con esa hora de España, que a pesar de su desangre y de tanta ruina material y moral acumulada por la más pavorosa de sus contiendas civiles, resurgía entonces con un juvenil impulso de imperio y de señorío espiritual. En España amanecía de nuevo.

He vuelto a leer ese libro delicioso y provechoso. No es un grueso y pesado volumen, aunque la materia daría para una biblioteca. Es un libro que no llega a las trescientas páginas, pero que resume largos estudios históricos y ofrece un cuadro de grandeza y de esplendor pocas veces superado en la historia universal. El Padre Cereceda empieza por delimitar el sentido de la palabra “imperio” tal como lo entendió y practicó España. Hay que convenir, dice, en que este suceso imperial de España no lo caracterizan tanto la extensión y poder de sus dominios como el espíritu que lo sostiene y que lo hace exclusivo y único en la historia. España ve en todas las razas criaturas redimidas por Dios y ante esa igualdad de naturaleza y de eterno destino, las cristianiza y mezcla con ellas su sangre. En sus empresas colectivas ella busca bienes universales: la defensa de la fe contra los turcos, ante la seudoreforma, el regreso a una concepción más cristiana de la vida y la implantación del cristianismo en las tierras descubiertas. Eso significa la Contrarreforma, el Concilio de Trento, la titánica epopeya misionera en las Indias Orientales y Occidentales, la Compañía de Jesús y las luchas de Carlos V y de Felipe II.

Empresas hechas, naturalmente por hombres, y hombres de una época y de una concepción y sensibilidad, pero alentadas por ideales superiores de fe y de cultura. Contra los crímenes que no escasea-

ron entonces como tampoco escasean hoy en nuestros pueblos independientes, quedaron las universidades, la profesión de la fe católica y el cultivo de la lengua y de la caballería.

El primer cuadro del imperio o su preparación matinal se nos ofrece señoreado por tres figuras descollantes e inolvidables: Fernando, Isabel y el Cardenal Cisneros. El yugo, las flechas y el cordón franciscano. Los tres comprendieron el alcance social que el renacimiento encerraba consigo y le construyeron sede propia en Alcalá de Henares. Allí se fundó en 1508 la Universidad y se acabó de imprimir en 1517 la Biblia Políglota Complutense. El Renacimiento soplaba como una deliciosa brisa del Mediterráneo. Pedro Mártir refiere que al explicar él su primera lección sobre el satírico latino Juvenal en Salamanca, la concurrencia era tan numerosa que tuvo que caminar sobre los hombros de los estudiantes para llegar a su cátedra. La cultura literaria floreció en su último cogollo con la figura rumbosa de Garcilaso de la Vega, el capitán poeta del Emperador Don Carlos.

Viene después el acrecentador del imperio, Don Carlos V, que al abdicar decía: "Nueve veces estuvo en Alemania, seis en España, siete en Italia, y en Flandes diez. Ocho veces he atravesado el Mediterráneo y tres el Océano, sin contar los viajes para visitar mis reinos". No eran, claro está, viajes de recreo; eran los movimientos estratégicos de un gran político y militar, que llenaba la tierra con la fama de su nombre y el paso de sus legiones.

El capítulo de la contrarreforma iniciada en sus años de mando se constela de nombres tan sugerentes como Trento, la Compañía y la Inquisición.

Don Felipe II es el conservador del imperio, el que le dio unidad y robustez, el que le imprimió carácter y empuje misionero. Nadie como Don Felipe ha encarnado mejor el espíritu contemporáneo de España, su actitud en la Europa occidental. Es el verdadero padre de la idea monárquica, por su posición religiosa y patriótica y por sus esfuerzos hacia la unidad nacional, racial y de creencias. Se le ha tachado de absolutista. Y sin embargo, Santa Teresa que lo visitó, escribía: "El rey oye a todos...". En su imperio, hombres del pueblo, labriegos de Castilla y de Extremadura se hicieron héroes en América o fueron sabios, prelados, cardenales y consejeros de reyes y de nobles.

En pinceladas rápidas pero suficientemente ilustradoras y evocadoras, el Padre Cereceda nos habla de la vida, la piedad, el arte, la literatura y la expansión cultural durante aquel reinado. La devoción a la Inmaculada predomina en el pueblo y levanta clamores que llegan a Roma: en torno a la custodia del Corpus medra el fenómeno literario español de los autos sacramentales; la pasión del Señor se exterioriza en una imaginería que hoy mismo constituye pasmo de los ojos en las procesiones de Semana Santa, y la literatura piadosa se enoja con los ejercicios de San Ignacio, los libros de Granada y Santa Teresa, las construcciones literarias de Luis de León y las lumbranas místicas de San Juan de la Cruz. Los representantes más insignes del teatro son las figuras enormes de Lope, Tirso y Calderón y el mundo de la cultura universal se enriquece con las creaciones de Cervantes y de Quevedo. Hay, finalmente, un capítulo dedicado a los capitanes del im-

perio: Alvarez de Toledo, Juan de Austria, Alejandro Farnesio, el marqués de Santa Cruz y Luis de Requesens.

La parte segunda del libro estudia la proyección del imperio español en América. Primeramente nos presenta el cuadro de la América precolombina, su hazañoso descubrimiento y las empresas heroicas de los grandes forjadores de la conquista desde Méjico hasta Chile y Filipinas. Se da una síntesis de los virreinos de Méjico y Perú y España aparece entonces como un pueblo en misión, como un pueblo que se vuelca y desplaza tan generosamente hacia el mundo nuevo que con ello se ocasiona a sí mismo el colapso de cultura y de ciencia que sobreviene a España a fines del siglo de oro.

Interesante y sugestivo sobre manera el vistazo a la organización del imperio en América: división geográfica, integración de clases sociales, Leyes de Indias, misiones, encomiendas, cultura. Imposible que en un ánimo desprovisto de prejuicios y pasiones no se levante, a la lectura de estas páginas, una oleada de satisfacción, de admiración y de gratitud por todo lo que España supo crear en sus posesiones ultramarinas. Los últimos capítulos de este libro, tan jugoso y tan sabroso, están dedicados a las causas de la independencia americana, la leyenda negra, la Hispanidad como creadora y defensora de civilización y a lo que puede ser el imperio en que han soñado los españoles a partir de la victoria nacionalista.

La independencia americana obedeció a una ley de la historia, a una constante de la política. Intervinieron causas económicas, como el recargo de tributaciones que acabó por amargar los espíritus, y causas étnico-políticas, tales como el mestizaje, al cual España no pudo sustraerse aunque su pensamiento al respecto fuera puramente teológico. Criollos y mestizos aspiraban justamente a gobernar su exuberante y prometedor suelo natal. Todo ello encontró pábulo ideológico en los postulados de la revolución francesa y concomitancias y complicidad en los anhelos imperialistas de Inglaterra.

El Padre Cereceda olvida, al menos en este aparte de su libro, otra razón poderosa para la independencia americana: España, en sus universidades, fue preparando, con sublime y materna inconciencia, los equipos intelectuales que habían de atizar, promover y encauzar los movimientos de segregación y que habían de gobernar los estados nacientes. Nariño y Camilo Torres eran alumnos de universidades creadas por la ciencia española. Y en este sentido es verdad que las ideas germinales de la emancipación, como suele decirse con vocablo etimológicamente duro y desagradable, más que en las páginas de la Enciclopedia francesa nacieron y procedieron de las aulas renacentistas de Salamanca.

POSTRIMERIAS DEL CESAR CARLOS EN 1558

Hace cuatro siglos largos, en la fosca noche de un pueblecito serrano, se apagó la vida del César Carlos V. Este humilde cronista, procedente del Valle del Aburrá, en las Indias Occidentales, invita a sus paisanos a viajar a Yuste con memoriosa admiración y presenciar allí, cabe un antiguo convento, las postrimerías de Su Sacra Real Ma-

jestad, según nos las refiere en añejo decir de Castilla el cronista Fray Prudencio de Sandoval.

A la hora de su acabamiento, que fue a 21 de septiembre de 1558, tenía nuestro Señor el emperador, que en gloria esté, cincuenta y ocho años menos siete meses.

El 25 de octubre de 1555, al abdicar en Bruselas, cosa que asombró al mundo entero, Su Majestad hizo balance de su vida. Reinó cuarenta años. Llevó dos coronas y el destino de Europa y de las Indias a las espaldas. Y se sentía agobiado bajo el peso de la púrpura. Un año después viajó a España, a buscar un rincón apartado para el reposo postrero. En Valladolid, donde a la sazón estaba la corte, dijo un segundo adiós al ya desmedrado fasto que aún le acompañaba: al séquito, al ceremonial y hasta al humano calor de los suyos. Allí quedaron sus hermanas la reina María y Doña Leonor, viuda de Francisco I. “Uno de los grandes deseos que yo tengo en este mundo —decía— es despojarme de todo”.

A Extremadura le sigue una escolta de cuarenta alabarderos. Y en Jarandilla, en el palacio del conde de Oropesa, aguarda hasta que le adecentan habitaciones junto al monasterio jerónimo de Yuste.

Por fin, el 4 de febrero de 1557, salió para Yuste. Había dispuesto de antemano el regreso de su pequeña escolta. Uno a uno les fue diciendo adiós y estrechándoles la mano. Y se produjo entonces el rasgo de los servidores leales y nobles. Aquellos hombres no querían romper la formación y se resentían a la partida. El silencio permitía oír el latido de los corazones. De pronto, con un gesto unánime, rompieron todas sus armas y las arrojaron al suelo. No querían, no podían servir a otro capitán. Por fin, ancló en Yuste, remanso de silencio, de sosiego y de soledad.

Sobre un contrafuerte de la Sierra de Gredos y a la entrada del lindo valle de Plasencia, Yuste gozaba de clima templado, frescas aguas, altos árboles, huerta profusa y soledad envidiable. Era lugar codiciado para hombres cansados. Y allí tenían los Jerónimos convento principal. La Orden Jerónima fue la Orden Imperial de España; la predilecta del César Carlos, la que tuvo los monasterios de Guadalupe y el Escorial, la que regaló a las letras castellanas la prosa melódica y fluyente del Padre José de Sigüenza.

La residencia preparada para el César era una casa modesta de dos pisos y diez habitaciones. Adosada al sur del convento, señoreaba la vega circunyacente y recibía el sol del medio día, tan grato en el corazón del invierno y en esa soledad agreste. La celda de Su Majestad comunicaba con la iglesia, de suerte que desde el lecho se podía seguir la santa misa. Exactamente como después lo hizo en el Escorial Don Felipe II.

Apenas Su Majestad dejaba el lecho entraba Juanelo a dar cuerda a los relojes, a los que el César fue muy aficionado, y después entraba su confesor Fray Juan de la Regla. Más tarde acudía el médico, Mathys, y a las diez empezaban las cuatro misas diarias: dos por sus padres, una por la emperatriz y otra por su intención, que era la que él oía.

Fue Don Carlos, toda su vida, hombre de buen yantar y gran bebedor, de vino en sus años mozos, y de cerveza en las postrimerías. En Yuste mismo la mesa le fue muy bien abastecida de viandas copiosas y suculentas. Se la preparaban, amén de varios cocineros, cuatro panaderos españoles y alemanes, dos maestros de salsas, dos fruteros, un jefe y un mozo de cava, es decir de la bodega del agua y del vino, y un importante personaje, Van der Hesen, que hacía la cerveza. Completaban el personal de servicio el relojero Juanelo y su ayudante, dos boticarios, cuatro barberos, el guardajoyas y los ayudas de cámara.

Sentado a manteles, prefería las truchas, la caza y la ternera y particularmente las perdices, que eran su debilidad. No le faltaban, aún viviendo en tierra tan distante del mar, las ostras y las anchoas; de fruta le gustaban sobre todas el melón y los melocotones. Su hija la reina Juana, viuda del príncipe de Portugal, le enviaba desde Valladolid provisión de dulces y pasteles. Y todo ello era rociado con cerveza, que el médico le prohibió, aunque inútilmente.

Después de comer, a eso de las tres de la tarde, oía un sermón y algún comentario sobre la Sagrada Escritura. Era Su Majestad hartamente amigo de la música y que le dijese los oficios litúrgicos con canto de órganos y coro de frailes. Y tenía oído tan sutil que en seguida conocía si entre los frailes jerónimos que le cantaban, escogidos entre los mejores músicos de la orden, se había mezclado algún espontáneo advenedizo. Y cuenta Fray Prudencio de Sandoval, cronista de las postrimerías del emperador, que si el novel músico erraba, Su Majestad, luégo, anteponiendo un taco imperial, decía: "Voto que ese "fulano" erró. En ciertas vísperas vino de Plasencia un contralto muy afamado de linda voz y cantó muy bien un verso, pero no tornó a cantar el segundo por que luégo vino uno de los barberos corriendo a decir al prior, de orden de Su Majestad, que echasen aquel cantor fuera del coro...".

Aunque el César Carlos se ha despojado de todo lo grande y busca la soledad y hasta el olvido, a Yuste le persiguen todavía el recuerdo de muchos leales y los obsequios más variados, curiosos e insospechados. Frutas, conservas, salazones, porcelanas y hasta un par de gatos de Portugal y un loro del Brasil. El había llevado consigo veinticuatro tapices de Flandes y alfombras turcas y de Alcaraz. Relojes tenía cuatro de grande tamaño y gran cantidad de los pequeños de bolsillo. Tenía también un reloj de sol, compases, semicírculos, dos astrolabios, lupas, unas veintisiete gafas de todas clases y una buena serie de mapas, sobre los cuales, lupa en mano para ayudar a sus ojos cansados, va repasando el derrotero de sus travesías y sus campañas. Y ya cuando la noche arroja la soledumbre de Yuste, el César se reduce a su celda, y a la luz de una poderosa lámpara, se hace leer de un secretario el tratado "De la Consolación" de Boecio, "Los Comentarios" de Julio César, "El Cortesano" de su amigo el nuncio Castiglione, y el mínimo y delicioso libro "Las Campañas de Carlos el Temerario" de Olivier de la Marche.

Hubo, en los últimos meses del emperador una melancólica atmósfera de ocaso y liquidación. Luis de Quijada, en sus cartas, va narrando partidas y ausencias: "El panadero es partido... El cocinero y pastelero no se quisieron quedar, por mucho que se lo rogué. Los cria-

dos de Su Majestad quieren buscar su pasaje con grandísima priesa". Y poco después anota: "Hoy se han ido todos, hasta los frailes de fuera de esta casa". Hasta el mismo Quijada no ve la hora de recogerse en Villagarcía con Doña Magdalena de Ulloa y con el muchacho que el emperador le confiara, que no es otro que Jeromín, el futuro héroe de Lepanto. Los últimos que se parten llevan consigo el "papagayo y el gatico con que el emperador se divertía algunos ratos...".

Sandoval nos rompe el alma con el relato de las postrimerías de Su Majestad. El cual, estando en vida ejemplar y santos ejercicios, vio llegar su hora. Decía de ordinario, levantando los ojos a Dios: "En vuestras manos, Señor, puse vuestra Iglesia" y lloraba y confesaba a menudo sus faltas, diciendo que no había servido un solo día, como era obligado, a Nuestro Señor. Ya muy al cabo, pidió que lo oleasen con la ceremonia larga que se acostumbra para frailes y él iba respondiendo a todos los versos. A la mañana manifestó deseos de comulgar y como le dijese el confesor que ya estaba ungido, él respondió: "Si bien no sea necesaria, no os parece que es buena compañía para jornada tan larga?". Y tornó a comulgar diciendo con ardientes lágrimas: "Estás en mí y yo estaré en Tí". Aquella tarde llegó el famoso arzobispo de Toledo, Carranza, envuelto después en largo proceso por grave sospecha acerca de su ortodoxia, por lo cual el emperador tenía gana de reñir con él por la pena que sentía de opiniones contrarias a la santa fe, que tan viva tenía. Pero ya no le pudo hablar.

En la noche del 21 de septiembre de 1558 entró al aposento del emperador el Arzobispo Carranza, para hablarle en favor del conde de Oropesa. Don Carlos ordenó diesen silla a su excelencia; pero tampoco le habló, por agotamiento. Y a poco empeoró y hacia las dos de madrugada, estando todos sosegados, dijo: "Ya es tiempo, dad acá aquella vela y aquel crucifijo". Lo tomó, lo miró un poquito sin hablar y luego, con voz grande que se oyó en los otros aposentos, exclamó: "Ay, Jesús", y con ella dio el alma a Dios.

Así acabó el mayor hombre que en muchos siglos hubo en este mundo. En las honras que se le hicieron en San Benito el Real, de Valladolid, predicó la oración fúnebre el Padre Francisco de Borja, antiguo Duque de Gandía, tomando por texto: "Alejéme huyendo y permanecí en soledad". Y Fray Prudencio de Sandoval termina su "Historia del Emperador Carlos V" insertando el testimonio de un santo fraile franciscano de Guatemala que vio el juicio del emperador ante el tribunal divino y cómo se había salvado. "Y tomando por la mano Dios al emperador, le llevó consigo a su gloria...".

España no ha olvidado a su César magnífico y ha vuelto a Yuste para levantar las ruinas y entregarlas nuevamente al ritmo palpitante de la historia. La Orden Jerónima ha regresado al retiro que le arrebataron las leyes masónicas del siglo pasado. En Yuste suena otra vez la salmodia conventual.

EL VALLE DE LOS CAIDOS

El 17 de julio de 1950, se inauguró la nueva Abadía Benedictina de Santa Cruz del Valle de los Caídos. Dista unos cincuenta kiló-

metros de Madrid y unos ocho kilómetros del Real Monasterio de El Escorial y es hoy uno de los centros más visitados por el turismo internacional. Desde los días imperiales de Don Felipe II no se construía en España un monumento de tal grandeza, severidad y sobria magnificencia. Pero a la verdad, la cruzada española con sus gestas inolvidables, el martirio de España católica con sus millares de víctimas brutalmente inmoladas por los rojos comunistas sin Dios y sin Patria y la trascendencia histórica de una guerra que se libró en España pero que sirvió a la causa cristiana en todo el mundo exigían y merecían la erección de este monumento grandioso.

Así lo comprendió Francisco Franco cuando el 1º de abril de 1939 disponía "la erección de un magno monumento destinado a perpetuar la memoria de los caídos en la Cruzada de liberación, para honra de los que dieron sus vidas por Dios y por la Patria y para ejemplo de las generaciones venideras".

A la mitad de una elevada montaña, la misma en que se asienta la pesadumbre de El Escorial, hay un ancho recodo agreste que lleva el nombre de Cuelgamuros. Por sus repechos se esparcen piedras y rocas de antiguas conmociones geológicas y trena el batallón de los pinos, erguidos hacia el azul celeste de Castilla. Tiene aquel recodo una faja de tierra llana y un monte solitario, en forma de pedestal y todo erizado de informes y dispersos monolitos. Tal es el paraje escogido para el monumento a los cruzados de España. Consta él de tres construcciones: La Hospedería y Universidad que está al pie mismo de la montaña y de frente al vallecito; la Abadía Benedictina, adosada al collado solitario y la Basílica subterránea excavada en las entrañas del monte. Sobre éste campea la santa cruz de ciento cincuenta metros de altura. Y todo ello emboscado en la montaña y circuido de soledad, de silencio y de aire purísimo.

Lo más impresionante es la basílica subterránea. Quienes hayan visitado la de San Pedro en el Vaticano podrán hacerse una idea. Se trata de una amplia y elevadísima rotonda labrada en el corazón de la tierra y a la cual se llega por un túnel ancho, alto y revestido de piedras austeras y de mármoles de severa belleza. En la rotonda soterraña lo domina todo el gran crucifija que preside el altar. Allí se siente la palpitación del silencio, el alma de España, un aliento de la vecina eternidad.

La finalidad del monumento es muy cristiana y española. Será premio, honra, alabanza y recuerdo ejemplar de los que murieron por los ideales cristianos en la cruzada del 36 al 39; y será lugar de oración, de perdón, de expiación, de reconciliación y de pacificación para los españoles de ambos bandos, para los que siguieron la bandera de Franco y la de Rusia. Será —dice el decreto de erección— lugar de oración y estudio. La comunidad llamada a conservar y cuidar del monumento deberá elevar sufragios por los caídos de la cruzada y estudiar, para difundirlo por todo el territorio patrio, la doctrina social católica, inspiradora de las realizaciones del régimen.

A encargarse del monumento ha llegado la vetusta y venerable Orden Benedictina. Desde julio de 1958, un Padre Abad, trece sacerdotes, siete hermanos conversos y treinta niños de la escolanía en

el antiguo valle de Cuelgamuros que desde entonces se llama Santa Cruz del Valle de los Caídos. La ceremonia inaugural según cuenta el magnífico periodista Víctor de la Serna, hijo de Concha Espina, tuvo una solemne sencillez. Entre todos los asistentes llegaron a tres centenares. De ellos, más de dos centenares eran serranos endomingados: mujeres, niños, niñas de color de avellana pulida con unos ojos pasmosos y con sus coletitas de cola de caballo, tan preciosas como el pipirigallo de una garza. Luego había otro centenar de clérigos: Agustinos de El Escorial, curas con cara de buenos cazadores, dos obispos y dos abades, el de Santo Domingo de Silos y el de Manila. Había dos ministros de España, algunos profesionales, varios periodistas. Lo justo para que la escena tuviera grandeza y familiaridad.

Se celebraba la erección canónica de la Abadía. Una abadía benedictina, que al revés de muchas otras que se van haciendo con lentitud de años y tal vez de siglos, surge grande y noble de un Breve Apostólico de Su Santidad que ha querido dar a España este nuevo testimonio de su amor. Para regir la nueva comunidad fue nombrado Abad el Padre Fray Justo Pérez de Urbel, investigador de historia medioeval, escritor profuso y ameno, periodista agilísimo y catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Fray Justo es un castellano sobrio, austero y trabajador. Su cabeza parece tallada en nogal. Parece un relieve de Berruguete en una silla de coro conventual. Víctor de la Serna habla de sus ojos penetrantes de azor, de esos ojillos azules, de visigodo de las Bardulias. La historia de los primeros años de Castilla debe a Fray Justo su más porfiada, elegante y deliciosa información y exposición. Es un banquete del espíritu leer su biografía de Eulogio de Córdoba, su historia de Fernán González, sus magníficas semblanzas de la Orden Benedictina, de sus Monasterios y de sus varones ilustres. Desde entonces como quería San Benito, en el Valle de los Caídos, hay una reunión de hijos que sirven al Sumo Rey bajo un Padre espiritual.

JOSE ANTONIO EN EL VALLE DE LOS CAIDOS

Quiero contar hoy en román paladino a los lectores de qué manera fueron trasladados los restos de José Antonio Primo de Rivera desde el monasterio de El Escorial hasta la basílica subterránea del Valle de los Caídos.

Cualquiera podría imaginarse un rito de simbolismo y finalidad política. Nada de eso. Ha sido un acto popular, emotivo, espontáneo, de auténtica dimensión nacional. Los que llevamos varios lustros viviendo en España y hemos visto la declinación lenta y diríamos el desmonte paulatino y cauteloso de la falange, sabemos que a José Antonio se le estima ya como un valor que se sale de las etiquetas particulares para entrar en la teoría de los genios españoles de todos los siglos. En España es frecuente oír: con la falange yo no quiero nada; pero a José Antonio lo admiro y lo admito en toda su espléndida personalidad.

El lunes 30 de marzo de 1959 fue el escogido para el traslado de los restos de José Antonio. Franco ha querido que el fundador de la Falange tenga en la basílica subterránea de Cuelgamuros el lugar de

primacía y de honor que le corresponde en este santuario levantado para dar reposo definitivo a los muertos de la Cruzada española. Pilar y Miguel Primo de Rivera han deseado y exigido que la ceremonia se efectuara en un plano de sencillez y de intimidad, sin carácter oficial ni político. Y así se hizo. Por las colinas pedregosas de la alta serranía castellana el 30 volvió a resonar la pisada de los viejos escuadristas y la canción de los días de combate. Allá vimos mástiles con banderas golpeadas por el viento, banderines a la cabeza de los desfiles marciales de la juventud y un enjambre de tiendas blancas para los repechos de la sierra y sus valles abrumados de neblina.

Cuando, a las siete de la mañana del 30 de marzo, se puso en marcha el cortejo fúnebre en el Patio de los Reyes de la Basílica Escorialense, la mañana, fría, cortante, se llenó de una muchedumbre variada de españoles, confundidos en espontánea hermandad; allí vimos ministros y ex-ministros, generales, escritores, alféreces provisionales, hombres de los sindicatos, labradores, artesanos, trabajadores, estudiantes y esas chicas de la sección femenina en la cual ha venido a remansar todo lo más bello, puro y cristiano de la familia y de la gente española.

La distancia que separa El Escorial del Valle de los Caídos, unos 14 kilómetros, fue cubierta por la numerosa comitiva, a un promedio de tres kilómetros por hora. El transporte del féretro se efectuó a hombros de voluntarios que cada cien metros se iban turnando, en constante y noble rivalidad. Millares de hombres, en fila gruesa y compacta, iban serpeando por esa carretera hacia el valle escondido que a la mitad de la montaña ha servido para la construcción del grandioso monumento fúnebre que desde ahora, por su arquitectura y su significado, va a competir con El Escorial. Unos callaban, otros rezaban en voz alta por todos los caídos de la espantosa contienda, otros recordaban episodios de la cruzada anticomunista. Al llegar el féretro a la anchurosa explanada que se extiende ante el boquete de entrada a la basílica subterránea de Cuelgamuros y bajo los brazos de su altiva Cruz, una gran muchedumbre había invadido ya en grandes oleadas el amplio recinto de acceso a la cripta. Por encima de la móvil caravana flotaban banderas y banderines. Y en el aire frío de la mañana la comunidad de Monjes Benedictinos, al frente de la cual figura el célebre escritor e historiador Fray Justo Pérez de Urbel, Abad Mitrado de Santa Cruz de los Caídos, salió con cruz alzada hasta el ingreso mismo de la Basílica a recibir los restos de José Antonio. Una vez bajo la cripta monumental, se ofició la santa misa. Particular emoción tuvo el acto de la comunión. Fue tal el número de comulgantes que se requirió el oficio de varios sacerdotes y el fraccionamiento de las sagradas formas y por último, la suspensión ya que no había suficiente partículas consagradas para cuantos en esa mañana querían acercarse a la Eucaristía.

Los doscientos sesenta metros de longitud de la Basílica resultaron insuficientes para albergar a los miles y miles de españoles que deseaban rendir su postrer homenaje al gran poeta de la política. Finalizada la misa, Fray Justo rezó un responso y enseguida se procedió al descenso del féretro a la sepultura. Su emplazamiento en la basílica de Cuelgamuros es idéntico al que ocupaba en la de El Escorial, es decir bajo el desnudo pavimento, a poca distancia del altar mayor y enfrente

de él. La lápida que cubre la tumba solo lleva grabada una cruz y la inscripción "José Antonio".

El momento de cubrir la sepultura con la pesada losa fue de intensa emoción. Invocado en alto el nombre de José Antonio, toda la muchedumbre, en grito unánime, respondió: Presente! Y luego siguió un silencio denso, como de anticipo de la eternidad.

Ha habido quienes han comentado que era necesario sacar de El Escorial los restos de este hombre porque El Escorial es panteón de reyes. Pero este cronista no puede olvidar un diálogo que escuchó bajo los arcos altísimos de la Basílica Escorialense a un grupo de académicos hispanoamericanos que asistieron al segundo congreso de academias de la lengua.

Habría que ver, decía uno de ellos, quién es el que aquí, entre estas ilustres momias y cenizas, podría sentirse incómodo y mal acompañado. No me refiero a Carlos V, a Felipe II, a Juan de Austria. Pero nuestro inefable monarca Don Fernando VII, bien conocido en nuestras Américas, qué tiene que ver junto a este hombre iluminado que nos dejó el testamento bellissimo de su vida pura, de su obra literaria exquisita y de su muerte cristiana en plena juventud? Antes hablaba el cronista con dos jóvenes universitarios en el alegre y primaveral Paseo de Rosales. El uno era monárquico y me decía: "Ya nuestros reyes quedaron solos con su historia y en su panteón exclusivo". El otro era falangista y apostillaba en réplica inmediata: "Y ya José Antonio está en su sepulcro nuevo, solo con su gloria y con las cenizas de los que lucharon en la cruzada. Detrás de la muerte de este hombre integral está la vida nueva de España". El cronista oía, sonreía y callaba. Y bajando la cabeza recordaba lo que vió el 30 de marzo por la mañana: el desfile de los hombres del pueblo por entre los canchales duros y pobres de la tierra alta de Castilla hacia la Cruz descollante de Cuelgamuros.

LAS "AGUEDAS" DE ESPINOSA DE HENARES

Los años voraces, los años demoledores van arrinconando una bella y curiosa teoría de costumbres pueblerinas y tradiciones comerciales. A medida que avanza la cultura técnica, los pueblos, los *vetustos*, los quietos y apacibles pueblecitos van perdiendo su tipismo y su sabor local. Espinosa de Henares, del partido judicial de Cogolludo, por las tierras altas y secas de la Alcarria, sigue aferrada a su secular tradición de las Aguedas. El cinco de febrero, día de la mártir Santa Agueda, en Espinosa de Henares mandan las mujeres y se imponen a todo el vecindario por las buenas o por las malas, con las eternas carantoñas femeninas o con las estacas en alto.

La hermandad de Santa Agueda, a la que sólo pueden pertenecer las mujeres casadas, organiza por la mañana su misa y su procesión con lujo de campanillas, de repiques y de oratorias. Al concluir los actos religiosos es de norma encender en medio de la plaza una gran hoguera cuyo combustible ha de ser forzosamente, la leña que por cualquier procedimiento se haya cogido a algún mozo solterón, en castigo y venganza de su inexplicable celibato. ¡Con la de candidatas a "Ague-

das" que hay en el pueblo! La hoguera viene a ser algo así como una simbólica toma de posesión de Espinosa de Henares por parte de las mujeres. Y ay! del mozo que intente —y son muchos los que se acercan— apagar la hoguera o tomar un solo tizón o echar manotadas de sal gorda para que reviente y asuste a las celosas guardianas. Porque las Aguedas esgrimen sus estacas con bizarría no igualada y en toda la plaza no se ven más que faldas persiguiendo pantalones.

Acuden las Aguedas a tres frentes: a la hoguera, que debe proseguir encendida e intacta, a los mozos agresivos y a la recaudación de fondos, a base de sonrisas y piropos, entre la multitud de espectadores. Y todo termina alegremente con un animado baile popular en torno a la hoguera.

Al atardecer, las Aguedas se apoderan de un borrico, lo engalanan de manera pintoresca y le ponen un ancho sombrero de paja. Y en su compañía se dan a recorrer las calles para recoger dinero destinado a pagar los gastos religiosos y profanos de la hermandad.

Ya a boca de noche, comienza un baile en anchuroso salón cerrado. Las Aguedas entran sin pagar, como también las mozas casaderas. Pero los hombres deben entregar la cuota que les vayan imponiendo sus señoras. Esta cuota sólo da derecho a entrar en el local como meros espectadores. Las únicas que pueden sacar a bailar son las Aguedas. Y los hombres deben abstenerse escrupulosamente de tomar la iniciativa, so pena de exponerse a un brioso zarandeo y a que las hermanas de Santa Agueda lo expulsen violentamente del salón.

Parece que ha decaído algo la costumbre de obligar a los maridos a permanecer en casa mientras sus mujeres recorren las calles del pueblo pidiendo donativos; pero todavía resulta expuesto para los hombres casados encontrarse en medio de la calle con la bulliciosa comitiva de sus mujeres, dueñas de la situación, pues lo más probable es que, entre bromas y veras, los obliguen a recluirse en su hogar o a tomar las de Villadiego. El imperio absoluto de las Aguedas es una realidad en Espinosa de Henares durante el cinco de febrero. Pero ello no quiere decir que en Espinosa de Henares, como en Medellín y como en todas partes, las mujeres no sigan ejerciendo a lo largo del año, un dominio total más o menos disimulado. A fuerza de lágrimas o a fuerza de sonrisas.

SEMANA SANTA EN VALLADOLID

Valladolid señorea en la gran llanura castellana. Llanura de trigales y de encinas, soberanamente bella a la hora de las policromías del ocaso. Así acabo de verla en el ambiente de esta primavera de abril y de esta Semana Santa. Valladolid, suma y compendio de la parsimonia de Castilla, ofrece sus procesiones bajo el signo de una tremenda desnudez, y resulta dramática a fuerza de sencilla y de grave. Difícilmente podría esta ciudad tomar la conmemoración de los misterios redentores del Crucificado como pretexto para pintorescas exhibiciones. Los templos vallisoletanos vierten durante estos días oleadas de cristianos de veras dispuestos a revivir unciosamente el drama de la semana mayor. No es solamente la reiteración anual de unos ritos

que se acompañan de procesiones, pasos y encapuchados penitentes. Ni hay aquí rivalidad de cofradías en torno a imágenes relucientes de joyas y flechadas, en el pasmo de la noche, por los gorgoritos de las saetas. Es cierto que ninguna manifestación del culto debe ser desdeñada mientras se atenga a las normas del buen sentido y de la jerarquía; pero aquí, en Valladolid de Castilla, lo que descuella y define su Semana Santa, es la mesura y la austeridad. En estas noches cálidas de primavera, como en otras cortadas por el cierzo de la meseta, parece percibirse un dolor, hecho invisible presencia en la limpieza del aire. Esta Semana Santa es una estampa perenne de sobriedad. Es una cátedra de cristianismo austero en esta época nuestra locamente proyectada a la caza de los placeres y a la fascinación de las criaturas terrenas y fugaces. Predican fe vívida estos Cristos dolientes de acongojada expresión, estas vírgenes serenamente dolorosas, este desfile de encapuchados taciturnos. Pasma contemplar desde algún viejo balcón enrejado el paso de las tallas geniales labradas por la sublime inspiración de unos imagineros en quienes la vida, el arte y la fe eran una misma cosa. Hombres que tenían su gubia y su alma al servicio de Cristo. Hombres que como Hernández o Juni rezaban con el cincel.

La procesión general del viernes santo, culminación de la Semana Santa de Valladolid, realiza el milagro de reunir, en desfile de incomparable belleza, los pasos más artísticos y famosos que se veneran en la ciudad. Aquello es un museo ambulante del más espléndido arte cristiano. Síntesis desgarradora de la tragedia santa del Calvario traducida a configuraciones prodigiosamente esculpidas. No es raro ver que el crepúsculo de la llanura inflame en oros y sangre las nubes viajeras. Entonces el fúnebre redoblar de los tambores, las lenguas temblorosas de los cirios, los cánticos litúrgicos, el silencio de los penitentes descalzos, la serena resignación de las Vírgenes y la dolorida belleza de los Cristos sobrecogen el alma agobiada de nuevas y desconocidas fruiciones. Pero no es solo estética lo que se disfruta; es piedad, es amor, es sentir con Cristo el ansia lacerante de vivir mejor su mensaje y su Evangelio.

Valladolid es entonces un rosario interminable de espigas de luz al margen de los altos pasos patéticos que avanzan con majestuosa lentitud. En el silencio de esta procesión reza el alma entera de una raza medularmente bautizada y para la cual el cristianismo no es barniz caedizo, sino vivencia entrañable. Castilla sigue rezando así, mientras en otras comarcas que también se llaman cristianas, la Semana Santa del Crucificado se adulcigua en turismos o evasiones al campo. Austera, escueta, agrupada amorosamente en torno al dolor de Cristo y de María, Valladolid, año tras año, alza el milagro de sus pasos y el éxtasis de su fe bajo el cielo absoluto de Castilla.

SEMANA SANTA EN MADRID

En Semana Santa, Madrid bulle hervorosa de muchedumbres. Son sus hijos que salen por las anchas y limpias calles a gozar los aires delgados y el azul rutilante de la primavera de Castilla. Son los foras-

teros que han ido llegando de toda la espaciosa península y aún de los rincones más remotos de la cristiandad atraídos por el cromatismo añejo de las procesiones españolas de Semana Santa.

Ya las cofradías de Sevilla, Cartagena o Málaga han sacado sus pasos, entre hileras de encapuchados y de cirios temblones, cortejados por murallas de espectadores y detenidos por los ayes agudos de la "saeta" inesperada. Ya en Valladolid ha desfilado la más impresionante imaginería castellana, trasunto de los dolores supremos y gloria del arte cristiano. Y ya en Madrid hemos visto paralizado el tráfico de las calles pululantes y rumorosas al paso de un Nazareno que rompe el alma con su rostro lívido y sanguinolento, con su cuerda vergonzosa al cuello, con su túnica morada y su madero nudoso y agobiante.

En los balcones de Madrid, las amarillas palmas de Alicante, bendecidas el domingo de ramos, se adhieren terciadas a los barrotes. Los cartelones de los grandes cines han retirado su escenografía de pecado y consupicencia, de carne y de sensualidad, y se decoran con las escenas de la Pasión de Cristo. Y las radioemisoras transmiten músicas litúrgicas, corales de Solesmes o de Santo Domingo de Silos, inspiraciones austeras de Palestrina o de Vitoria, autos sacramentales de añeja data o de moderna hechura. En estos días, las calles de Madrid, las calles y plazuelas españolas son de Dios y glorifican a Cristo. Todo este pueblo late de fe y franquea su alma al mensaje de la redención. La Semana Santa española es rica en sentidos y manifestaciones. La más famosa es la de Sevilla, explosión de religiosidad andaluza para asombro de ojos ávidos. Castilla, tierra de grandes silencios, corteja sus pasos con un gran dolor callado o con murmullo de rezos. Cofrades de Zamora o de Valladolid juran silencio, antes de la procesión, en presencia del Prelado. Lo que en Andalucía es duelo clamante y rozagante, en Castilla es austero y desolado recogimiento. Y en ambas comarcas, piedad y sinceridad. A las fastuosas vestiduras recamadas de las Vírgenes andaluzas, contrapone Castilla sus descarnados "santos de palo". A las constelaciones de cirios y a las andas con millares de bujías que tachonan la oscuridad como si un prodigio de racimos de estrellas caminara lentamente, Castilla abre taciturno agolpamiento de hombres bajo el cielo desnudo. Y a los melismas ondulantes de congoja y pasión de las saetas, ella opone la música callada, el contrapunto susurrante de misereres y motetes o cuando más el estridor de un clarinazo, punzante como el remordimiento.

Madrid, resumen de España, va dando a sus semanas santas, año tras año, una grandiosidad que no se adivinaba. Hasta ahora, por ley de raza, se atiende más a la austeridad castellana que a la exuberancia andaluza. Es lo suyo. En estas noches hemos oído alguna saeta; pero daba la sensación de algo importado y pegadizo. Con ser Madrid una gran ciudad alegre le van mejor los desfiles de amor penitente. Y cuadran mejor con estos tiempos de renovación litúrgica. Tiene Madrid, para su Semana Santa, algunos privilegios únicamente suyos. Uno de ellos es el concedido a las Monjas Descalzas Reales, recogidas en el antañón convento de la plaza de las Descalzas, donde tantas obras de arte se conservan. El viernes santo se celebra una procesión por los claustros que rodean la iglesia conventual. Es la procesión del santo

entierro. Sale una imagen denominada Santo Cristo Yacente, obra del escultor Gaspar de Becerra. En un costado de la imagen, dentro de una mínima custodia de oro, se alberga desde el jueves santo, la Hostia consagrada. Sólo aquí en Madrid puede salir en viernes santo esta procesión del Santísimo oculto en el Costado de Jesús. Simbolismo sublime que liga de modo misterioso, como en el sacrificio de la misa, la Eucaristía y la Pasión. Porque cada misa es jueves santo y viernes santo. Y cada altar es cenáculo y calvario al mismo tiempo.

En la capilla del Príncipe Pío, en el número 12 de la calle de la Princesa, se venera la reliquia que se llama "La Cara de Dios". Millares de madrileños la visitan durante la Semana Santa. Fue traída de Roma esta reliquia por el Cardenal Homodei. Su capilla parece que se agazapa ahora en medio de los edificios altísimos con que esta ciudad jactanciosa quiere rivalizar con las metrópolis de los rascacielos. Antaño, en las ciudades europeas, las cúpulas más altas eran las agujas de las catedrales. Hoy son las chimeneas de las fábricas y las torres de los hoteles que se suben a las nubes en cuanto a pisos y en cuanto a precios. Y hasta se encuentran cristianos que, añorando la iglesia de las catacumbas, declaman contra la iglesia de la catedral y contra la campana que exacerba al incrédulo e inquieta al creyente. Es la batalla del mundo laico contra el mundo cristiano. Y es en definitiva un brote de la lucha de las dos ciudades, según la poderosa concepción agustiniana.

Se ha dicho a veces que en la Semana Santa española hay una fuerte dosis de folclore y de pintoresco localismo. Puede haber en esta afirmación su tanto de verdad, pero a condición de que se establezcan distingos entre región y región y se alcance a ver un precioso e innegable fondo de religiosidad. La renovación litúrgica que se advierte en el mundo cristiano y que lleva al ahondamiento y a la interioridad va poco a poco renovando el espíritu de las viejas cofradías y tradiciones. Pero la mejor innovación practicada por primera vez en toda España y totalmente acorde con el espíritu litúrgico es el Día del Amor fraterno que la jerarquía española ha instituido definitivamente para el jueves santo. Será éste en adelante el día de la hermandad en el espíritu. Jornada de mutuo perdón, de reconciliación y de misericordia. Jornada de caridad, en la plenitud cristiana del concepto, que adquiere dimensiones insospechadas en este día en que resonaron las palabras perdurables de Cristo: amaos los unos a los otros como Yo os he amado. A zaga de Cristo debemos enfrentarnos sinceramente con el precepto de las obligaciones para con el prójimo, para que el dogma de la hermandad universal, la comunión de los santos y la doctrina del Cuerpo místico no se reduzcan a simples afirmaciones de principio sin consecuencias pacíficas, concretas y eficaces.

LA PASION DE CRISTO EN CERVERA

Es famosa en todo el mundo la representación escénica que de la Pasión de Cristo se hace en el pueblecito alemán de Oberamergau. En España hay tres sitios conocidos por sus escenificaciones populares de la Pasión: Olesa y Esparraguera, al pie de la montaña fantástica de

Montserrat, y Cervera en la comarca y provincia de Lérida. Los tres sitios pertenecen a Cataluña y enaltecen la piedad, el amor al arte y el sentido lírico y estético de esta noble porción de España.

Cervera fue en algún tiempo la ciudad universitaria de Cataluña. Felipe V pasó a esta ciudad la universidad central y única de Cataluña que llegó a ser, a mediados del siglo XVIII, el más espléndido centro cultural de su época. En las aulas de su grandioso edificio universitario estudió Jaime Balmes. Pero en el siglo pasado la universidad volvió a Barcelona y la maravillosa construcción corrió destinos azarosos: cárcel, cuartel, almacén. En 1887 la ciudad de Cervera entregó su Universidad a los Padres Claretianos que restauraron el edificio y lo convirtieron en centro de estudios teológicos, filosóficos y de letras humanas. La Universidad recobró entonces sus añejos prestigios doctorales; hubo en sus aulas lecciones de sabiduría y en sus corredores bullicio de juventudes estudiosas y se reanudaron las publicaciones doctas, entre las cuales descolló, como el ciprés sobre los juncos, la revista "Palestra Latina", destinada toda ella al cultivo del idioma de Cicerón y recibida con elogios en los hogares y reductos de las humanidades. Pero en 1936, la barbarie roja truncó brutalmente toda esa primavera de ciencia y de virtudes, expulsó a los Claretianos, asesinó a noventa de ellos y dejó el grandioso monumento a punto de desplomarse. Así lo hemos visto hace poco. El día era gris y desapacible; la lluvia caía en los salones bellos de antaño y un viento largo como un gemido silbaba por los corredores y retozaba sobre las losas de los patios silenciosos. Toda la vastedad del edificio nos pareció sin alma, pero transida de una sutil melancolía.

A Cervera, con todo, no nos llevaba el prestigio de su Universidad solitaria y caediza. Nos llevaba su representación escénica de la Pasión de Cristo, célebre por su antigüedad, por su realismo elemental y convincente y por los primores de su ejecución artística. Consta en los archivos municipales que desde 1481 se escenificaba en Cervera la Pasión de Cristo. Se trata, pues, de un auténtico **Misterio**, según se llamaban en la edad media los dramas religiosos en que se representaban escenas de la historia sagrada, especialmente de la vida, pasión y muerte de nuestro Redentor. Los misterios nacieron del seno mismo de la liturgia como floración espontánea del movimiento de la misma, del dramatismo de los relatos evangélicos y del deseo de herir más vivamente la imaginación y el corazón de los fieles cristianos. El misterio de Cervera es un magnífico representante de esa gloriosa tradición dramático-religiosa que tanto prevaleció en los siglos medioevales particularmente en Italia, Francia y España. Alfonso X en su clásico libro de las "Partidas" habla de las representaciones que los clérigos podían hacer y enumera entre ellas, la natividad, la resurrección de Cristo, etc. Anota Menéndez Pelayo en su estudio sobre los dramas religiosos de Calderón que "esta primera forma del drama religioso español, que trata directamente, no ya las historias del Viejo Testamento y las parábolas del Nuevo, sino las mismas historias del Evangelio, poniendo en escena al Salvador y a su Madre, continuó todavía durante el siglo XVI, antes de Lope o de sus próximos antecesores; y las más bellas inspiraciones del teatro español de este primer período no cabe duda que pertenecen a

ese género; así el auto de la Pasión, de Lucas Fernández". El texto original del auto cervariense está en catalán y data, como hemos dicho, de 1481. Pero en 1940 los cervarienses acometieron una renovación total del texto y del montaje escénico y lo tradujeron al castellano para facilitar su comprensión y degustación estética.

El auto de la Pasión retiene, sin embargo, su profundo y vigoroso sentido popular, tanto en la escenificación como en la representación. Ni los autores ni los actores son profesionales de teatro. El texto de hoy es obra de un funcionario de la Cooperación agrícola y de un industrial; la música fue compuesta por el oficial del Juzgado; el que representa a Jesús es un ebanista; Pilatos está a cargo de un panadero y Herodes de un comerciante de tejidos. El texto se sitúa en la mejor línea de lo popular de nuestros días; es ingenuo, directo, eficaz. El movimiento escénico no rehuye dificultades y logra presentar desde la inicial tempestad que azota la barca de Pedro hasta el cuadro treinta y seis, que allá al atardecer, culmina con la triunfante resurrección de Cristo. La compenetración de los actores con su papel es de un realismo elemental pero avasallante. Las escenas de multitudes, como la entrada en Jerusalén, la expulsión de los mercaderes del templo o la misma crucifixión están vividas de modo impresionante. Hasta refieren que años atrás el que hacía de Judas por poco se ahorca de verdad y que en otra ocasión Longinos, al dar su lanzada, le sacó sangre al actor que representaba a Cristo.

Todo Cervera vive este auto de la Pasión y uno logra percibir un cálido grado de compenetración entre actores y espectadores. Espectáculos como éste educan a un pueblo y nutren su sentido artístico y religioso, lo elevan a preocupaciones superiores y le hacen sentir en el alma el sople del misterio y el paso de Dios.

Al felicitar a uno de aquellos espontáneos actores, muy poseionado de su papel, nos decía con visible emoción: Todo el año vivo pensando en esta representación y ahora, al acabar, uno al menos siente la satisfacción de haber hecho algo por Cristo.

LAS FIESTAS DE SAN ISIDRO

Ahora mismo, en este inmenso atardecer de primavera, la ciudad de Madrid, perennemente alegre y festiva, bulle en regocijos populares a honor y gloria de San Isidro Labrador. Acaba de celebrarse su procesión, que es uno de los espectáculos más interesantes que ofrece esta villa. Al asomar a las puertas de la catedral la estatua del santo labriego, las campanas repican, las bandas militares tocan el himno nacional, jefes civiles y eclesiásticos se descubren, la muchedumbre se arrodilla y uno siente emoción extraña al comprobar esta generosa democracia de la Iglesia que le rinde homenaje a la santidad de los pobres y de los humildes. Las andas de San Isidro avanzan lentamente tiradas por dos bueyes, como dos monumentos. Cortejan dos largas filas de jóvenes aldeanas, vestidas de trajes regionales de Castilla y portadoras de los frutos y las ofrendas del campo: desde los manojos de flo-

res primaverales y de espigas en granazón hasta las cestas rebosantes de ruborosas cerezas o los blancos recentales que son la atracción de la gente menuda.

Cercana a la típica plaza del Cordón perdura la casa solariega de Iván de Vargas, tan estrechamente unida a la memoria del santo labriego castellano. Sobre el portalón, en viejos caracteres góticos, se lee: "Esta fue la casa solar de Don Iván de Vargas, en la cual sirvió de criado el glorioso San Isidro". No lejos demora igualmente la histórica mansión, inmediata a la iglesia de San Andrés, en donde murió el santo el día 29 de noviembre de 1172. A San Isidro le dieron sepultura en un diminuto cementerio que existía en los campos aledaños a la mencionada iglesia. Cuarenta años después exhumaron su cadáver para trasladarlo al interior del templo. Esos restos se conservaban incorruptos, flexibles, de color natural, como si se tratara de un hombre dormido.

En torno a su sepulcro y a su memoria florecieron los milagros, los cuales decidieron al Sumo Pontífice Paulo V a proceder a su beatificación en 1619 a instancias del piadoso monarca Don Felipe III, quien gravemente enfermo, tras rogativas generales, recobró la salud por intercesión del bienaventurado santo madrileño. Tres años más tarde, en 1623, el Papa Gregorio XV canonizó a San Isidro al mismo tiempo que a Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier. Qué excelcitud de nombres! España, representada en tal fecha por Castilla, Vasconia y Navarra, insertaba ese día en el santoral cuatro lumbreras inextinguibles, cuatro nobilísimos tipos de santidad: una mística fundadora, un fundador y gobernante genial, un apóstol gigantesco y un humilde labriego que se santificó cultivando esta tierra seca y trigueña de Castilla. Las fiestas de la canonización revistieron en toda España, y particularmente en Madrid, pompa y esplendor inusitados. El principal organizador de las fiestas fue el poeta Lope de Vega, que actuó de secretario del certamen literario y fue asimismo autor de la relación oficial.

En 1769, el rey Don Carlos III dispuso el traslado del cuerpo de San Isidro Labrador desde su capilla de San Andrés al templo jesuítico del Colegio Imperial, que fue elevado a colegiata. La urna que hoy contiene los restos de San Isidro fue ofrenda del gremio de plateros madrileños. Fue abierta en 1847 para ofrecer al santo el sudario que envuelve su momia incorrupta. En 1922, coincidiendo con el centenario de su canonización, el cuerpo de San Isidro fue expuesto a la contemplación de los devotos en el presbiterio de la catedral. Durante la vandálica dominación roja las santas reliquias permanecieron ocultas en un oscuro corredor de la catedral madrileña, sin que pudiera ser hallado por las continuas pesquisas de los marxistas.

La Santidad de Juan XXIII ha declarado a San Isidro patrón de los agricultores españoles que lo miran como su modelo y su gloria. Pero talvez no esté lejano el día en que su benéfico patronazgo se extienda a la Iglesia universal. Porque a San Isidro se le invoca y se le ama allí donde haya cristianos que corran las aventuras y las incertidumbres de las primitivas faenas de la agricultura. Cuando el cronista regresaba de la prodigiosa Plaza Mayor de Madrid, en donde el santo

campesino acaba de recibir su anual apoteosis popular, dejaba volar el pensamiento a los pueblos de su Antioquia lejana en donde el santo de Castilla preside las jornadas y premia las fatigas de la noble y sufrida clase agricultora. Y sin poder olvidar estas andas del santo tiradas por monumentales bueyes evocaba también aquellos altares de San Isidro, en que la efigie del bienaventurado labriego se alza sobre la fascinadora exposición de los frutos y las frutas del exuberante trópico andino.

LA VERBENA DE LA PALOMA

De primavera a verano, como si el sol de Castilla se propusiera regocijar los corazones, Madrid aprovecha sus grandes solemnidades para eslabonar verbena con verbena. Rompe la marcha la de San Isidro, el santo labriego que en compañía de los ángeles cultivaba estas pardas llanuras. En torno a su fiesta el 15 de mayo, las noches de Madrid se pueblan de charanga y de bullanga. Dicen los entendidos que la historia de la verbena madrileña tiene tres períodos: el de la celebración romántica a orillas del exiguo Manzanares, por los prados de San Fermín, con calesas y tapadas; el de la verbena castiza, con bailes de barrio, farolillos de papel, apogeo de la cadeneta y melodías de organillos rodantes y circulantes; y finalmente, el de la verbena electro-mecánica, de nuestros días y nuestras noches.

Ya se va extinguiendo la verbena de San Isidro cuando irrumpe, también a orillas del Manzanares, junto a la ermita decorada por Goya, la de San Antonio, que causa el rebullicio de las juventudes, de las modistas, de todos los casaderos. Desde la balconada del Paseo de Rosales se percibe el rumor, la música lejana, la policromía de faroles y la maquinaria de artefactos de diversión. Este público de ahora gusta de aturdirse entre el ruido. Gramolas, altavoces, organillos ensordecen y casi atontan. A todo ello se unen el campanilleo de las rifas y de las barracas, las detonaciones de los cañoncitos automáticos, los pregones de los vendedores, los gritos de la chiquillería, el chirriar del aceite en las calderas de los churreros y el zumbido de colmena de la abigarrada muchedumbre que se roza, se estruja y suda jadeante en la temperatura del junio cálido. Así se divierte Madrid por los días de San Antonio.

Pero he aquí que de la noche a la mañana toda la maquinaria verbenera de carruseles, ruedas gigantes, tubos de la risa y montañas rusas, se traslada como por arte de birlibirloque, desde las orillas del Manzanares, por los lados de la Estación del Norte, al corazón de Madrid, en pleno barrio de Chamberí, en el cogollo del casticismo. Va a empezar la verbena del Carmen, que es la patrona de Chamberí. Se elige la reina de las fiestas, denominada Carmen de Chamberí, con reinado que se prolonga por todo el año, y la villa vuelve a arder en jolgorios populares de celebración nocturna, para júbilo de trasnochadores y tormento de personas caseras y domilonas.

Las cuales descansan y pegan el ojo cuando los verbeneros de oficio y de afición se pasan con su música y su engranaje al Madrid an-

tiguo, a celebrar esa cifra de luz y de color que es la clásica verbena de la Paloma, síntesis del carácter y del tipismo madrileño.

El 15 de agosto, día de la Asunción de Nuestra Señora, Madrid festeja a su Virgen de la Paloma. Confieso mi error. Yo creía que ese poético nombre de Paloma, aplicado a la Virgen, tenía qué ver algo con su vuelo de paloma purísima a las almenas de la gloria. Pero no es así. La Virgen de la Paloma tiene su historia y su origen conocido. Una historia que guarda cierta semejanza con el cuadro milagroso de Nuestra Señora de Chiquinquirá. En cierta calle de Madrid, llamada de la Paloma, vivía Isabel Tintero, humilde portera de una casa de barrio del Madrid dieciochesco. Un día vió cómo unos niños de la calle jugaban con un lienzo mal pintado y raído, que después dejaron olvidado en el corral de las monjas de Santa Juana. Inclínose la mujer a ver lo que representaba, cuando advirtió que se trataba de una pintura de la Virgen de la Soledad. Bastó la simple intuición de su fe para decidirse a comprarlo por unas monedillas de escasa cuantía. El lienzo empolvado y maltrecho pasó a decorar el zaguán de una modesta casa, alumbrado por la tenue luz de un farolillo. Representaba a la Virgen de la Soledad, entonces doblemente sola en su dolor y ante la indiferencia de los transeúntes.

Muy pronto floreció el milagro a la faz del humilde lienzo mariano.

Invocando a la Virgen de la Paloma, un caballero, el conde de las Torres, pudo sentir curada la fractura de una pierna. Una reina de España impetró la salud para su hijo, postrado por grave dolencia y desde entonces la Virgen de la Paloma fue el recurso de todas las madres madrileñas. El zaguán penumbroso se convirtió a poco en devota capilla; más tarde, en magnífico templo de arquitectura mudéjar, en donde la Virgen de la Soledad de la Paloma recibe el diario y permanente testimonio de la gratitud y del amor.

Aquel bastidor sucio con que se divertían los golfillos en un corral de la calle de Toledo es hoy un lienzo inapreciable que resplandece entre el oro de la marquetaría, los bronceos y los mármoles del altar. Miles de exvotos decoran los muros del santuario; miles de mujeres pasan ante la Señora a ofrecerle sus niños; todo el pueblo la festeja con alborozo por los días de la Asunción. No representa a la Virgen en el esplendor triunfal de su encumbramiento a la gloria. Es la Virgen de la Soledad, con el rostro unguido de tristeza, los ojos bajos, que ocultan la mirada de llanto, juntas las manos como alas de paloma que ya va a volar, el manto negro que desciende desde la cabeza y la vestidura blanca, sin más contraste que la negra comba del rosario que cuelga desde la cintura. Al mirarla, no hay que buscar el arte. Basta mirarla con amor.

Mediado agosto, el visitante puede apreciar en ese barrio madrileño la devoción a la Virgen en su aspecto devoto y en su síntoma clamoroso. Allá adentro, en el santuario la muchedumbre reza, suspira y clava sus ojos en la Paloma. Fuera bulle la verbena, hierve el Madrid castizo, pasean las majas y los manolos, acechan los chulos y los golfantes y los organillos desgranaban sus melodías antiguas, sus habaneras evocadoras, sus pasodobles arcaicos, las notas de aquellas zarzuelas con que Barbieri y Chueca interpretaron el alma de Madrid.

EL CORPUS EN ESPAÑA

Desde el cielo jubilosamente azul de la primavera un sol de oro parece consagrarse aposta a nimbar de reflejos las más bellas custodias del mundo, las custodias españolas que pasean triunfalmente a Cristo en las procesiones del Corpus. Uno recuerda, como visión de fantasía, la exposición de custodias que se montó en Barcelona en 1952, con motivo del Congreso Eucarístico Internacional. Difícil volver a contemplar semejante conjunto de joyas, labradas a una por el arte más refinado y la piedad más teológicamente nutrida. En todas sus ramificaciones el arte español floreció para exornar el misterio eucarístico. En el drama perduran, únicos y en su especie, los autos sacramentales que fueron delicia y pábulo de todo el pueblo en los corrales pueblerinos y en los atrios de las iglesias. Clase de teología al aire libre. En la orfebrería descuellan las custodias que en España como en ningún otro país alcanzaron el más espléndido y copioso desarrollo. Las hay manuales, aunque destellantes de oro y pedrería; las hay monumentales que para su transporte requieren carrozas. Las hay en todos los estilos, desde el gótico de fines de la edad media, hasta las formas austeras y sobrias de nuestros días, pasando por el renacimiento, plateresco, barroco y neoclásico.

Si los materiales son nobilísimos, oro, plata, aljófár y piedras preciosas, no es posible ponderar la prodigiosa inventiva de concepción, la finura y los primores de cincelado, pulido y enjovamiento. Custodia turriforme gótica es la celeberrima de la catedral de Toledo, en donde la festividad del Corpus reviste tradicionalmente una pompa y fastuosidad que evocan los días más solemnes del imperio español y de la liturgia católica. Esta custodia, labrada según diseño de Enrique de Arfe, mide dos metros y medio de altura y uno de diámetro en su parte más ancha y se elaboró con el primer envío de oro procedente del nuevo mundo. Consta de 5.000 piezas sujetas por 12.500 tornillos y está cuajada de piedras preciosas y de campanillas que dejan oír dulce sonido cuando se mueve.

Existen dos procesiones de Corpus que concentran la atención de los españoles: la de Daroca y la de Zamora. Y ello se debe a dos prodigios eucarísticos sucedidos hace siglos y que todavía se conmemoran de especial manera y con especiales privilegios de Roma.

En España, según las historias, se han registrado públicamente cuarenta y siete milagros eucarísticos y de veinte de ellos se guardan todavía, con fervorosa adoración a través de los tiempos, las formas consagradas en que tales prodigios se realizaron.

El misterio de los Corporales de Daroca se remonta al año de 1239. Recién tomada la ciudad de Valencia por Jaime I, los tercios de Calatayud, Teruel y Daroca emprendieron la conquista del castillo de Chío, a tres leguas de Játiva. Antes del amanecer, Don Berenguer de Entenza, sus cinco capitanes y sus tropas oyeron misa de campaña que ofició Mosén Mateo Cristóbal, cura de Daroca. Pero he aquí que entre la consagración y la comunión, los moros que se habían concentrado sigilosamente, iniciaron el asalto de la montañuela en cuya cumbre se celebraba el santo sacrificio.

Las huestes cristianas corrieron contra la morisma, y el sacerdote, después de comulgar él, determinó conservar las seis hostias que había consagrado para el jefe y los capitanes, en los pliegues de los corporales, a falta de copón, y esconderlas entre unas piedras. Después de tres horas de sangriento combate la morisma huyó diezmada y Moisés pudo oír los gritos de victoria que los cristianos lanzaban. Entonces fué al escondite, descubrió su enterrado tesoro y lo llevó al altar. Pero al extender sobre el ara los corporales vió que el lienzo litúrgico estaba húmedo y cálido de sangre y que las seis formas, como pedazos de divina carne, habían dejado impreso su círculo en la blancura de los corporales. La noticia encendió el ánimo de las tropas cristianas y el castillo de Chío fue conquistado. Varios Pontífices concedieron privilegios a la iglesia de los Corporales. Y Sixto IV en 1473 estableció el llamado jubileo septenal de Daroca que cada siete años es celebrado con pompa inusitada por el Arzobispo y el Cabildo Catedralicio de la ciudad de Zaragoza. Todavía hoy se conservan los Corporales y en ellos perfectamente visibles las seis huellas sangrientas de las sagradas formas.

El prodigio de Zamora nos ambienta en otra época, de grande fe y de violentas pasiones. Corría el año 1158 cuando acaeció en Zamora, la vieja ciudad castellana de los romances, el llamado motín de la trucha. Y fue que un zapatero salió de mercado por la mañana y compró una trucha soberbia. Ya se iba muy contento de su tempranera adquisición cuando el despensero del noble señor Don Gómez Alvarez de Vizcaya intentó la preferencia de la compra, en virtud de los derechos que tenían los nobles para comprar antes que la plebe. El mercader y el zapatero objetaron que el trato se hallaba ya cerrado; mas el despensero no cedió en sus intentos, pugnando incluso por arrebatar la trucha a su legítimo poseedor. El alboroto fue cosa de espanto y naturalmente el pueblo se puso de parte del zapatero.

Aquel desacato público y ruidoso a la muy engallada nobleza no podía quedar impune y los señores de la sangre azul se reunieron en la iglesia de Santa María para determinar castigos y represalias. Súpolo el pueblo, amotinóse extramuros del templo, cerró bien las puertas, hacinó leña en torno y prendió candela. Así se las gastaban los zamoranos. Ardieron altares e imágenes y claro está, los nobles perecieron carbonizados. Y en medio de aquella chamusquina rencorosa sucedió que la Santa Hostia que se guardaba en el sagrario de Santa María salió volando prodigiosamente, pasó a través de una grieta que se abrió repentinamente en el muro y que hoy todavía se puede ver y fue a posarse ante el sagrario de otra iglesia cercana. Esa misma hostia, hoy dividida en tres fragmentos, se conserva incorrupta en el convento de religiosas dominicas del barrio zamorano de Cabañales y es la misma que en cada Corpus Christi sale en procesión solemne por la ciudad de Doña Urraca.

Mientras tanto, el pueblo, temeroso del castigo, decidió huir a Portugal. Siete mil personas, con carros y enseres, emprendieron la marcha. Pero al llegar al pueblo llamado de Constantina enviaron un mensaje al rey Fernando II de León implorando su clemencia. El monarca concedió el perdón, señalando como únicas condiciones que reconstru-

yesen la iglesia que habían incendiado y pidiesen absolución de su crimen al Papa Alejandro III, a la sazón reinante. Llegó el perdón pontificio con la penitencia adjunta de donar determinada cantidad de plata y de oro para objetos del culto. Con esos metales preciosos se labró la custodia que cada jueves de Corpus es portadora de la sagrada forma que ya ha cumplido su octavo centenario.

DIA DE CORPUS EN MADRID

La fiesta del Corpus Christi en la villa de Madrid, resplandeció en el cielo castellano un sol cegador, como para vencer los soles más brillantes. Ayer, sobre esta tierra plana, uniforme y adusta, hubo un respiro de almas cristianas hacia las custodias en que Cristo Rey se paseaba por toda la geografía española. Por la pantalla movediza de la televisión he presenciado el espectáculo fascinador del Corpus Christi de Toledo. Un río de clérigos, de militares, de labriegos acanalado entre callejuelas estrechas y en declive. Y sobre el río humano, el grandioso árbol de oro, florecido de filigranas, campanillas, perlas, esmeraldas y destellos, de la custodia de Toledo. Novena sinfonía del orfebre milagroso que se llamó Arfe. En Toledo parece que toda Castilla se alborozaba místicamente y se levanta de su chata existencia cotidiana, de su silencio, su tedio y su quehacer de siglos. La procesión de Toledo fue por la mañana. Y por la tarde, ya un tanto amortiguados los dardos del sol terrible, la procesión del Corpus en Madrid. Tiene solera esta procesión madrileña de solo varones. Hay fama de que en esta villa, ya en 1481, se hacían juegos con representaciones honrosas. Hacia 1510 los bandos concejiles urgían al vecindario para que sacasen por puertas y ventanas los alambres y ropas de más vistosidad para contribuir a la magnificencia del día santo. Año por año la procesión fue ganando en barroquismo. Se tenía por la mañana. Acudía la nobleza, la clerecía innumerable, las milicias diversas y todo el pueblo. Las calles estodadas, como ahora se estila en Toledo. Por los suelos, juncias y pétalos. Por los aires, el canto del "alabado sea el Santísimo". A veces presidía el Rey de España con corte vistosa. Y en medio de hileras apretadas avanzaba fulgente la custodia de plata, la misma que labrara Francisco Alvarez, argentario de la reina Isabel de Valois. Ordenó el consejo que se hiciese "a lo romano y moderno y en la mejor traza que se pudiese hallar". Y constaba de templete y de custodia propiamente dicha.

Entiendo que la fiesta del Corpus tenía antiguamente un carácter más popular y general. Hoy, en ciudades como esta de Madrid gran parte del vecindario se mantiene alejado de la gran procesión eucarística. Los que asisten edifican por su piedad y su religiosidad paladina. Pero quedan centenares de miles totalmente ajenos a la salida de Jesús, por las calles y plazas. La festividad se ha depurado de gangas populares. Antaño el Corpus traía consigo tarasca, gigantes y danzas. Era la tarasca una máquina de ingenio y sorpresa: espantable dragón alado, largo cuello flexible, rodeado de figuras grotescas con resortes de movimiento. Madrid sacaba ocho gigantones y una gigantilla cabezuda. Constituían el atractivo y la diversión de los muchachos. Las danzas re-

sultaban vistosas y llamativas. A veces eran cuadrillas de moriscos, muy curiosamente vestidos y calzados. Hubo danzas compuestas de cuarenta bailadores. Todos ellos formaban parte de la procesión.

En la víspera del Corpus había lo que se llamaba "muestra de autos". Ensayo de autos sacramentales o sacras representaciones. Fueron los autos sacramentales floración genuina de una piedad nutrida con raíces bíblicas y teológicas. Fueron lecciones de teología expuestas sobre las tablas en forma de alegórica representación. El concepto sutil jugueteaba en versos barrocos. Las virtudes, los personajes de la Escritura, las ideas de los infolios dogmáticos salían al tinglado a discurrir garbosamente sobre el sacramento del amor o sobre la limpia concepción de María. El auto es coetáneo del retablo. En ambos aparecen la complicación conceptual, la distorsión de la forma, el fuego que rompe el equilibrio y la arquitectura de la sobria razón. Y esto deleitaba al pueblo español, que saboreaba las alusiones bíblicas más variadas y los jugos más delicados del pensamiento religioso. El Corpus resultaba así escuela de la mente y pábulo del corazón.

Hoy día, al menos por estas viejas comarcas de la cristiandad, el Corpus ha ganado en sobriedad de ejecución, aunque ha perdido en expresiones decorativas y en muchedumbre de asistentes. Al regresar a casa después de la procesión madrileña del Corpus, he visto hormiguear por las calles, verdaderas multitudes extrañas a la solemnidad del gran misterio. Y he llegado a pensar que Cristo se va quedando muy solo. Pero me confortaba el recuerdo de aquellos pelotones compactos de hombres que en torno a la custodia iban cantando su fe. Desde la plaza de Oriente he contemplado, allá por las lejanías moradas de El Escorial, el hundimiento del sol entre ascuas de oro. Qué bello es el día del Corpus Christi en España!

EL MILAGRO DE MADRID

El 27 de julio pasado se reprodujo en Madrid un milagro: el mismo que desde hace siglos se repite cada 27 de julio, fiesta del médico mártir San Pantaleón, en el real monasterio de la Encarnación de monjas agustinas recoletas. Consiste el prodigio en la espontánea licuación de sangre coagulada de dicho mártir, que se conserva en una ampolla de cristal engastada en sencillo relicario. Ya es maravilloso el hecho de que esta sangre de San Pantaleón se haya conservado sin descomponerse desde comienzos del siglo IV en que fue derramada en acto de martirio. Pero es que, además, mientras permanece coagulada durante el resto del año, al llegar la víspera de la festividad litúrgica de San Pantaleón, es decir, el 26 de julio por la tarde, comienza a licuarse sin que en el fenómeno intervenga agente alguno exterior. Todo el 27 la sangre continúa líquida, según yo mismo lo he podido comprobar, y a la caída de la tarde empieza a perder fluidez y a coagularse del todo. El fenómeno es, evidentemente superior al orden natural y no tiene explicación científica satisfactoria. Desde luego, es misterioso que a pesar de darse en el verano madrileño días bastante más calurosos que el 27 de julio, sin embargo el contenido de la ampolla permane-

ce invariablemente sólido a lo largo del año, con la sola y única excepción del día del santo. Pero además, para plena satisfacción de los incrédulos, dispone hoy la ciencia del análisis espectral con el que se determina claramente que el contenido de la ampolla es sangre y no cera o esperma coloreada. Es más: se ha efectuado por médicos el experimento de calentar con una lámpara de alcohol la ampolla relicario, sin obtener la licuación de su contenido y más bien aumenta la coagulación de las albúminas, por tratarse de auténtica sangre. También se guarda sangre de San Pantaleón e igualmente se observa allí su licuación milagrosa el 27 de julio de cada año, en un antiguo templo de Ravello, pintoresca población situada a 75 kilómetros de Nápoles.

Es cosa sabida que los cristianos de los primeros siglos solían recoger la sangre de los que morían mártires o testigos de la fe. Unas veces empapaban lienzos en la sangre, otras la recogían mediante esponjas que exprimían para depositar el venerado recuerdo en pequeñas vasijas, frasquitos o ampolletas de cristal de las que se han encontrado tántas en las excavaciones de las catacumbas.

La reliquia de San Pantaleón, venerada en el Monasterio Agustino de Madrid, perteneció durante siglos a la Santa Sede, hasta que el Papa Paulo V la donó al Conde de Miranda, virrey de Nápoles, quien a su vez la entregó al piadoso monarca Don Felipe III. En 1628 ingresó como novicia en el monasterio de la encarnación una hija del Virrey, llamada Aldonza del Santísimo Sacramento. Y entonces Don Felipe III le obsequió la reliquia que recibiera de su padre. De esta manera demostraba su predilección por dicho monasterio madrileño que él mismo había fundado en 1616 en unión de su esposa Doña Margarita de Austria.

El Monasterio de la Encarnación se encuentra enclavado en uno de los rincones más evocadores del Madrid viejo y cortesano. Una parte lateral de sus altas paredes de ladrillo confina con el parque de la Plaza de Oriente, frontero al Palacio Real. La fachada se asoma a la plazuela de la Encarnación, en donde una fuente canta su ingenua leyenda conventual con dos chorros de agua que sendos monstruos entrelazados en espiral simbólica arrojan por las fauces. Uno ha visitado este rincón en la declinación de las deliciosas tardes otoñales de Madrid y entonces la plazuela, con su monasterio silencioso, ofrece una viñeta inspiradora de sosiego y de poesía. Dos faroles de luz mortecina hacen la lírica centinela al convento. Son dos faroles del siglo XIX, con que el romanticismo alumbró el rincón más romántico de Madrid. Pasar de la Plaza de Oriente a la plazuela de la Encarnación, en lo cual no se gasta medio minuto, es traspasar la frontera de siglos y recuerdos remotos.

LA ALBERCA, RINCON DE CASTILLA

Antes de viajar, bajo los soles implacables de agosto, a este remoto rincón de la sierra salmanticense, yo había peregrinado a él con la imaginación seducido por los elogios que le tributara el hispanista francés Maurice Legendre. Si el lector quiere, algún día, mirar a España con anteojos de comprensión y de amor, lo invito a leer el libro

“Semblanza de España” en que el hidalgo francés, enteramente castellanizado, habló con palabras estremecidas y entrañables acerca de la tierra, la raza, el ingenio, el carácter, los artistas, los héroes y los santos de España. No podía uno sospechar que un francés pudiera decir de España cosas tan bellas y tan veraces.

Legendre recuerda que La Alberca ha sido declarada “monumento nacional” y cree que es el más pintoresco de todos los pueblos españoles. Que ya es decir, en este país que le reserva al turista las sorpresas más inesperadas. Para ir a la Alberca hay que pasar por la Peña de Francia, en cuya cresta se asienta un santuario que concentra y aupla la devoción mariana de las dos Castillas y de Extremadura. Arriba campea el cielo azul con los adornos de sus nubes viajeras. Abajo, hermanas menores de la Peña, están las sierras de Béjar. Y en la remota lejanía, se insinúa levemente azulada, la sierra de La Estrella. ¡Qué aire tan delgado, tan fresco, tan delicioso el que se respira por las mañanas en estas alturas anegadas en luz! Y qué soledad tan sonora de poesía la que se gusta sobre este pináculo de la austera tierra castellana! Por caminos serpenteantes a través de valles y declives, entre encinares, robledales y rastrojos he llegado, con un amigo deambulante, a este pueblo serrano de La Alberca.

La Alberca brota de improviso, como en generación espontánea, ante los ojos atónitos del viajero. Asomarse a la Alberca es descubrir la detención del tiempo, es retroceder a siglos lejanos. Allí están, cree uno que desde siempre, sus casas apiñadas, cubiertas con tablo-nes de madera, abrigo de la piedra en los días invernales de la ventisca.

A las calles estrechas y pinas, dan galerías y balcones, y sobre los tejados se encomban las originales chimeneas, formadas por tinajas. Apiñadas, momificadas, repletas de belleza de siglos, las casuchas son cofres de hidalguía castellana y de vivir cristiano. Las tiendas se han reunido en la plaza, enmarcada por soportales. La Alberca es la cabeza mercantil de la comarca. Además de tiendas hay tabernas, muchas tabernas en las que fluyen de las tinajas y de los barriles chorros de vino del Soto. En las tabernas se bebe con sabiduría, se habla de la cosecha y se rematan los tratos de compra y venta, cerrándolos, como caballeros, con apretón de manos y el último sorbo de un vino seco tonificante. Corren junto al pueblo varios riachuelos; las viejas, nobles, típicas fachadas se espejan en el agua fluyente, en sus cristales huidizos. Entre los soportales de la plaza grupos de ancianos tejen cestos de mimbre; coros de viejas callan o charlan, dale que le das a la rueda.

En las noches largas, frías, neblinosas de La Alberca, la familia se recoge en la intimidad de la salita en torno al fogón y bajo la cavidad del arranque de la chimenea. Y mientras los viejos suspiran taciturnos, sumidos en sus recuerdos de otros inviernos pretéritos, los mozos sacuden un papel blanco en las manos y recitan de memoria, unos versos ingenuos. Están repasando los papeles de la “loa” que ha de representarse el día de la Virgen de agosto. Estos papeles se transmiten de generación a generación.

—Ya puedes darte maña, muchacho, que nunca lo harás como tu abuelo que de Dios goce. Aquello era hablar!

Las mujeres, entre tanto, repasan sus trajes regionales para la función, que, a la manera de los antiguos autos sacramentales, se desenvuelve delante de la iglesia.

El día de la Virgen de agosto la plaza de La Alberca bulle de labriegos de Castilla. Allí hay serranos de Santisteban o de Miranda, campesinos endomingados de las Batuecas proverbiales, cabrerillos y pastores de piel curtida y pardos ojos vivaces. Y también extranjeros, turistas de Suiza, de Francia, de Inglaterra a los que ha llegado la fama de este reducto de las más viejas y puras tradiciones de Castilla. Los espectadores se agolpan en los balcones y en las ventanas. Y con sus ojos de siglo XX miran estas costumbres de tiempos remotos.

Esta "loa" de la Alberca es, después del famoso "Misterio de Elche", la más notoria estampa del antiguo teatro religioso popular. Y de ella podría afirmarse lo que Maurice Legendre asienta acerca del citado misterio: "Se anticipó en muchos siglos a la ópera y la sobrevivirá durante mucho tiempo aún, ya que la ópera solo se acopla a una fase de la historia del arte y también de lo artificial, mientras el misterio encierra la perennidad de la humanidad más honda, la que se inclina hacia lo eterno".

Comienza esta loa con "la voz de los cielos": "Vecinos y moradores / acudid con alegría / porque triunfante subió / hoy a los cielos María". Ella, asunta a los cielos, es el tema central de la representación. Figura en el reparto un "Gracioso" que, entre bromas y veras, saca a relucir los defectos de algún vecino. Es personaje no desconocido en las obras dramáticas de Lope y de Calderón. Y su misión, al menos en esta loa, puede ser la de aflojar la tensión de los ánimos, que se hizo tirante y agobiante al aparecer el demonio, interesado en el fracaso del homenaje a la Virgen. Intervienen una pareja de galanes que tejen el panegírico de la Madre de Dios, ante la contraofensiva del diablo. Este entra en escena de improviso, con gran aparato, ya que salta montado en un dragón que lo eleva por los aires. El momento es de honda emoción. Galanes y Lucifer se traban en violento pugilato verbal que termina casi en un contundente cuerpo a cuerpo. Y de pronto, cuando parece que los galanes llevan las de perder, interviene el flamígero San Miguel Arcángel que decide la victoria del lado de María; Lucifer se sume con estruendo y rápidamente por una esportilla disimulada en el tablado. El pueblo aplaude, la chiquillería alborota y todos los espectadores se movilizan al centro de la plaza porque va a empezar el baile. Bajo el cielo ensombrecido, en que titilan ya las primeras estrellas, la vetusta plaza de arcaicos, evocadores caserones, es un pintoresco hervidero de músicas y de colores. En esta rinconada castellana de La Alberca, el 15 de agosto, un pueblo con solera de siglos se entrega al regocijo desbordante bajo la paz de Dios.

MADRIGAL DE LAS ALTAS TORRES

El andariego acaba de pasar un día en un viejo pueblo de Castilla, que dormita achaparrado bajo el deslumbramiento del sol de verano y bajo la invisible pesadumbre de su historia. Este pueblo tiene

el nombre más lindo de toda la toponimia española: **Madrigal de las Altas Torres.**

A las diez de la mañana de este día de junio, bajo el agobio de un cielo gozosamente azul con el solo adorno de dos nubes redondas y quietas, el andariego ha entrado en Madrigal por el camino ancho que viene de Arévalo a través de la meseta castellana. El camino desemboca en un arco de piedra horadado en el murallón, puerta franca donde se hermanan la gracia moruna y la severidad románica.

Madrigal de las Altas Torres, en la provincia de Avila, se asienta en corro sobre la llanura de Castilla, alta y hostigada por los vientos. Tierra es ésta rasurada de verdor, parda y escueta. Tierra para espigas y vides. Labranzas largas en donde el único alivio de los ojos son estos trigales dorados que ahora ondulan mansamente y esa doble hilera de esbeltos chopos camineros con el erecto penacho de sus hojas temblonas.

Desde lejos, según se camina de Arévalo, de Medina o de Cantalapiedra, Madrigal se diseña como una redonda plaza de toros. De palcos harían la muralla y sus torreones, mutilados unos y otros ruinosos; las viviendas bajas, empotradas en el cinturón de la muralla, podrían pasar como tendidos de breve fondo; la barrera sería esta calle circular que llaman ronda. Y en el ruedo o redondel se apiña el caserío de viejos tejados desiguales, que se sube hacia la plaza vigilada por las iglesias de San Nicolás y de Santa María. La plaza es de soportales. Son los soportales unos pórticos, a manera de claustros, que tienen algunas casas en sus fachadas y delante de las puertas y tiendas. Los de Salamanca, al atardecer, se pueblan de labriegos, de señores y de la locuaz muchachada universitaria. Bajo los de Alcalá de Henares bulle la población en las noches cálidas de julio y de agosto.

Pero aquí, en Madrigal de las Altas Torres, con el sol por encima de todos los tejados, el silencio es el amo de la villa. Un silencio que se le entra a uno por el alma y se aposenta en ella. De Santa María salen ahora dos señoras enlutadas, de paso lento. Bajo estos porches cercanos pasa a mi lado, con garbo de princesa, una muchacha espigada, con primaveral vestido, trigueña de color y los ojos garzos. Y el yunque de una herrería lejana interrumpe con martilleo intermitente este sosiego de siglos. Una vaga sensación de estancamiento ha invadido al peregrino. Así está Madrigal de las Altas Torres en este junio como si viviera en abril de 1451, cuando nació en su recinto la reina Isabel. ¿Qué tienen esos pueblos de Castilla para que en ellos el tiempo venga a remansarse así y la historia y nuestra propia vida se queden como paralizadas?

Dicen los arqueólogos que Madrigal se hizo de una vez. Hay ciudades, en esta espaciosa geografía española, que se fueron haciendo por lenta agregación. Primero se levantó un monasterio, amigo del silencio y de la soledad, o un castillo de atalaya y defensa contra la morería invasora. Luégo, en torno, fue surgiendo la aglomeración paulatina y progresiva de nuevas casas hasta formar un burgo. Otras veces, el caserío resultó del acogimiento de los campesinos a unos fueros o privilegios, como sucedió en Avilés en el siglo XI. Pero hay villas o ciudades que nacieron en obediencia a un plano previamente trazado.

Avila nació de la estrategia militar y se guarneció de murallas. Tal vez el ejemplo más notable sea esta villa de Madrigal de las Altas Torres cuya muralla constituye una exacta circunferencia de 340 metros de radio. Es villa hecha de una vez. Como ciertas poesías que nacen cristalizadas. Como su nombre, intangible de puro lindo. Como la rosa de la poesía de Juan Ramón Jiménez que ya no hay que tocar, porque así es la rosa.

El andariego se ha puesto a discurrir solo por este pueblo taciturno de labriegos y artesanos; por este caserío vetusto alineado en calles anchas o en corros de plazas y plazuelas, con sus pilas secas y sus cuatro árboles de follaje polvoriento. El andariego circula por la ronda, mirando espaciosamente las casas de adobes blanqueados, de corralillo y cuadra, de pajar y tinada. Tinada llaman aquí a estos mínimos cobertizos para recogida del ganado. Hay también caserones de pétreo fachada. Sobre la dovela de su portalón campean los escudos nobiliarios de piedra gris o de piedra amarillenta. Las ventanas están cerradas siempre. El andariego, al pasar frente a sus zaguanes, siente una vaharada de frescura y una sugestión intensa de antigüedad. En estas casas altas, grises, cerradas, viven los hidalgos castellanos, los de escopeta cazadora, galgo corredor, viejos cofres claveteados, algunos libros incunables y un tesoro de dignidad y señorío en el alma.

En Madrigal, hacia la mitad del siglo XV, poseían los reyes de Castilla, Juan II e Isabel de Portugal, un palacio modesto, especie de casa fuerte, con adornos morunos. En él vino al mundo a 22 de abril de 1451, la más bella flor de Castilla y de la Hispanidad: Isabel la Católica. De ella dicen los cronistas que era, en su infancia, una pequeña rubia, como las espigas maduras, graciosamente formada, de espíritu despierto y claros ojos azules, herencia de sus ascendientes los Plantagenets. A poco, la olvidada infantilla fue recluida en otro castillo de la cercana Arévalo. Y su única recreación era recorrer libremente, como las demás niñas aldeanas, los barbechos y rastros, galopar por los caminos polvorientos y mirar, ensimismada, la remota serranía de Guadarrama o las parameras de Avila de los Caballeros.

El palacio de Isabel paró en convento de monjas agustinas y a su sombra murió Luis de León, uno de los varones más conspicuos del renacimiento español, teólogo y escriturista, glosador inspirado de los Nombres de Cristo, artífice de prosa cincelada y de poesías limpias, estremecidas y entrañables.

El andariego ha tocado a la puerta del convento agustino. El són de una campanilla ha vibrado en el aire quieto, y una voz tenue, una voz delicada y apaciguada saluda detrás de un torno monástico: Ave María Purísima. El andariego siente que en su alma se difunde una paz de eternidad. Y recuerda, sin comprenderlo casi, que dentro de estos muros se desarrolló una de las aventuras más peregrinas de ficción y de amor. Aquí vivió Doña Ana de Austria, hija natural del vencedor de Lepanto. Y ante las rejas de su locutorio se concertó su secreto matrimonio con Gabriel de Espinosa, célebre impostor del siglo XVI que pretendió y logró, ante la saudade de los nobles portugueses, hacerse pasar por el rey Don Sebastián, desaparecido en edad de 34 años, en la desastrosa derrota de Alcázarquivir.

Urdió la impostura el fraile portugués Miguel de los Santos, vicario de este Convento de Agustinas. Era Doña Ana joven extremadamente cándida y por añadidura se hallaba a disgusto en su forzoso monjío. Y Fray Miguel se las arregló para convencerla de que, según revelaciones del cielo, Don Sebastián no había muerto; luego le presentó declaraciones de otros engañados o falsarios que certificaban haberlo visto; por fin la puso al habla con Gabriel Espinosa, pastelero de profesión, muy en su oficio de rey Don Sebastián y finalmente acabó por desposar secretamente a Doña Ana con Don Gabriel, futuros reyes de Lusitania.

Una indiscreción del pícaro pastelero dió en tierra con todos aquellos castillos. La venta de unas joyas de Doña Ana en Valladolid levantó sospechas delatorias. Don Felipe II tomó autos en el asunto y la impostura terminó en tragedia. Doña Ana de Austria perdió privilegios que por su nacimiento disfrutaba, fue recluída en una celda de un convento de Avila sin poder desempeñar cargos y castigada con ayunos y otras penas. Murió oscuramente en Avila. Gabriel Espinosa fue a la muerte ignominiosa con serenidad y majestad de rey. Fue arrastrado con una cuerda al cuello, ahorcado, descuartizado y su cabeza puesta en un palo para encarmiento. En la tarde, mientras unos muchachos alborotan en la plazuela, el andariego ha estado viendo largamente el sitio del suplicio. Fray Miguel de los Santos, después de ser canónicamente degradado, fue ahorcado en la plaza mayor de Madrid.

El andariego se ha sentado sobre un banco de piedra, en la paz de la tarde a gozar este silencio de la villa, a repasar estas viejas historias de Castilla y de su imperio. Isabel y las Cortes de Madrigal, Luis de León, Ana de Austria, Gabriel Espinosa el pastelero, Madrigal de las Altas Torres, se nimba de un hechizo sugestivo. La melodía de su nombre se acongoja de glorias fenecidas. La pincelada del crepúsculo remoto, con sus vetas de sangre y de fuego, se ha diluído en el horizonte lejano. Desde la llanada, en su ruta de regreso a Madrid, el andariego contempla, con sutil melancolía, las luces de Madrigal de las Altas Torres, que parpadean en la noche inmensa de Castilla.

LA SANTA CRUZ DE LIEBANA

Por secreto empuje de casta, por la imperiosa voz de esta raza antioqueña que goza fama de errabunda, uno madruga, a veces, con la comezón irrefrenable de echarse por esos caminos a la mira de incitantes paisajes desconocidos o al hechizo de los rincones con arte y con historia.

Por ello sucedió, hace ya algunos veranos, que el peregrino fue a dar, por sus pasos no contados y, como decían sus compañeros de andanzas, a golpe de suela y de calcetín, al valle de Liébana, que es de los que no se olvidan. La excursión devaneaba por los Picos de Europa. Desde sus cumbres, hundidas en un azul rutilante y golpeadas a veces por ondas de viento fresquísimas, nos fuimos descolgando hacia los cuatro valles, en uno de los cuales se asienta Liébana, amurallada por el cinturón de sus crestas de altanería. Y no es que nos atrajera

precisamente su valle lindo ni su historia, ligada a los orígenes de la reconquista española. El imán de los andariegos era en esta ocasión el monasterio vetusto de Santo Toribio, allá, entre los Picos de Europa y la Peña Sagrada. Porque en ese monasterio se conserva, hace ya trece siglos, una de las reliquias más famosas de la cristiandad: el mayor fragmento del leño de la cruz.

Refieren las historias viejas que allá, por el siglo IV, la excelsa mujer y reina Santa Elena, madre del emperador Constantino y peregrina apasionada de los santos lugares, descubrió, tras incesante rebusco, la cruz de Nuestro Señor, soterrada en la colina del Calvario. A la muerte del Emperador Heraclio, en el año 636, comienza la fragmentación y la dispersión del sacrosanto madero. Asaltada por los infieles la iglesia del Santo Sepulcro, los cristianos deciden para salvar esa suprema e inapreciable reliquia, dividirla en diecinueve partes para llevarlas a las ciudades cristianas más importantes en esa época. Pero antes de la dispersión, en Jerusalén había quedado entero el brazo izquierdo.

Era entonces guardián de los santos lugares un monje español de nombre Toribio, quien por preservar ese tesoro de las manos del arrianismo que subía y bajaba al trono del imperio según soplara la ventolera de las intrigas y de las ambiciones, se trajo ese brazo entero de la Vera Cruz a su nativa diócesis de Astorga. Era por el siglo V. Al inundar a España la invasión árabe, el trozo del sagrado madero fue depositado en el monasterio benedictino de San Martín de Tours, en el valle de Liébana. En ese rincón repuesto y casi inasequible de la cordillera cantábrica, los primeros monarcas cristianos preservaron los tesoros de cultura y de fe que habían retirado consigo como legado de la romanización y de la cristianización de Iberia. Y a ese escondite monástico fueron acudiendo a venerar la santa reliquia los labriegos, los cazadores, los pastores, los hidalgos y en nuestros días los que aman el deporte salubre de las excursiones montaÑeras.

Todos los viernes del año, durante doce siglos, han subido a Santo Toribio los patriarcas de los cuatro valles de Liébana para adorar el santo leño. En torno al monasterio y a su tesoro han florecido las virtudes monacales, los milagros y las leyendas. Dicen que los ángeles revoloteaban alrededor del vetusto edificio. Y que en cierta ocasión copiaron la cruz hecha con esa reliquia para servicio y devoción de un piadoso monarca. Hay también quiénes aseguran haber oído muchas noches pasar por los aires unas melodías ultraterrenas que sólo percibían los puros de corazón. . . Después de nuestra visita al santuario, el grupito de andariegos entró a una fonda a tomar un refrigerio. Quiénes prefirieron un vaso de sidra, elaborada con el jugo de las manzanas de aquel valle de paraíso; quiénes se apuntaron a un vaso de bon vino, de ese que semeja oro líquido y brilla mansamente a través del cristal. Y luégo vino el hilo de la conversación, con ponderaciones de los forasteros a esos picos, a esos paisajes, a esa naturaleza de idilio y de geórgica, a ese vivir apacible en rincones codiciaderos para hombres cansados. . .

Hasta el momento, el Señor Tomás, el dueño de la fonda, que es también tienda de provisiones varias para los campesinos del contor-

no, ha oído y callado. Pero de repente, salva con su intervención un bache de silencio: —Mozo estaba yo cuando casi nos quedamos sin convento, sin santuario y sin reliquias. Esta región, ustedes lo sabrán, cayó en poder de los rojos, que fue caer en posesión del mismo diablo. Los unos andaban escondidos por aquello de que comulgaban una vez al año y los buscaban para fusilarlos; y los demás estábamos con el alma pendiente de un hilo aguantando desmanes, blasfemias y tropelías. Pero eso sí, les puedo asegurar que esos rojos no eran de la comarca. Que, de serlo, por jamás de los jamases hubieran intentado lo que hicieron. Figúrense los señores que en 1936 cargaron de pólvora el camarín donde se guardaba la santa cruz y lo volaron para hacerla desaparecer. Pero el Señor Cura que estaba de guardián del monasterio —el monasterio está solo desde que en el siglo pasado las leyes echaron a los frailes— anduvo más madrugero y despierto que los rojos y tenía escondida la reliquia de la santa cruz bajo tierra y a la sombra de esa higuera, que ustedes verían... Por cierto que el pobre señor, hastiado de sufrir a tantos canallas de la rojería, se decidió a pasarse a la zona nacional atravesando esos picos en pleno invierno. Conocía él muy bien la comarca y sabía caminos que en invierno nadie se atreve a transitar. Pero ya en lo alto de los picos, sobrevino una tempestad de nieve, se le borró el camino y murió de frío. Cuando este valle de Liébana quedó libre de la tropa roja y de la mugre marxista, un cuñado del sacerdote, único que conocía el escondite, desenterró la santa reliquia. Y es gracia que le debemos. Este valle de Liébana y esta región no la sabemos imaginar sin la santa cruz. Vengan los señores por las fiestas para que vean devoción, romerías, cantos, bailes y regocijos...

Con su charla amena, Don Tomás nos regala otros sorbos de licores de su fonda y salimos hacia nuestras carpas de andariegos cuando ya unas estrellas tímidas y temblorosas tachonan el azul opaco.

MONTSERRAT, MONTAÑA DEL ESPIRITU

Cuentan que un hermano de Carlos E. Restrepo comentaba al final de unas andanzas y navegaciones: Las tres cosas más bellas que he visto en el mundo son: los lagos de Suiza, los picos de Monserrat y mi valle de Medellín. Hace unos días subí de nuevo a la geografía caprichosa y fantástica de Montserrat y oí que unos peregrinos decían: Qué maravilla! Esto es único en el mundo. Quizás se referían a ese conjunto singular: naturaleza, santuario, monasterio, liturgia, arte e historia.

El paisaje natural se ofrece como espectáculo de asombro. La montaña es de unos diez kilómetros de larga por cinco de ancha y encorva su petrificado espinazo hasta unos mil doscientos treinta y cinco metros de altura. Aislado, en medio de amplia comarca ondulante, prurumpe un espolón macizo que remata en una crestería de las configuraciones más veleidosas. Peñascos erectos como un dedo índice que señalara hacia el azul, enormes cabezos monolitos coronados por una bola que parece se fuera a desprender, rocas verticales y lisas, hendiduras a las que acuden gritando bandadas de aves negras. La imaginación popular ha bautizado muchos de esos caprichos naturales y así les mues-

tran al visitante la calavera a cap de mort, el Gigante encantado, las flautas, la peña de la silla de los monjes.

Solo Dios sabe qué conmociones geológicas levantaron en remotos milenios ese islote pasmoso en donde una vegetación profusa aprovecha hasta las grietas y los mismos bordes del peñasco para lanzar al aire la gracia de los ramajes. Bajando una tarde a la santa cueva, en donde se encontró la imagen de la Virgen Morena, me parecía transitar por uno de esos caminos de tierra caliente, bajo el follaje fresco, entre el monorritmo de las chicharras y al rumor de un río no lejano.

Verdaguer, que fue el intérprete más inspirado del alma de Cataluña, recogió o fantaseó una leyenda según la cual fueron los ángeles quienes con sierras de plata aserraron esos montes para levantar, más cerca del cielo, un templo a la Estrella de la mañana. Y cuando Jesús moría en el Calvario se lo señaló a su Madre, diciéndole: Allá está tu trono y palacio; vete allá, Madre, que mi vida acaba. Iré, responde la Virgen, si Vos venís conmigo. Y cómo podré, Madre, acompañarte si he de redimir a los hombres? Hijo, cuando resucitéis. Entonces nos iremos los dos a poner allí morada. Y vos en mis brazos seréis la nieve que el sol dora. Y se fueron. Pero como el camino es tan largo el sol ennegreció la blancura del rostro de la Virgen. Por eso la faz de Santa María de Montserrat es morena pero hermosa. Y desde entonces, termina Verdaguer, la desnudez del peñasco se ha trocado en jardín, donde mañana y tarde cantan los ruiseñores.

No solo es bello el espectáculo de la montaña, sino que ella constituye el mejor mirador para abarcar con la vista la pintoresca alfombra de la comarca circunyacente.

Desde las prominencias de la montaña los ojos divisan la tortuosa cicatriz del Llobregat que pasa lamiendo los fundamentos de la cordillera, enverdeciendo los campos y dando caudales de agua y de oro a la industria de Cataluña; ve blanquear poblaciones en medio de tierras sabiamente aprovechadas para el cultivo, y vislumbra, a lo lejos, en días claros, las serranías de altas montañas esfumadas y la placa azul del Mediterráneo. Tal es el panorama que se contempla desde el balcón natural en que acaba el jardín del monasterio y mejor aún desde el pico San Jerónimo.

Por cierto, en ese balcón hay en el suelo un mapa de cemento, en semicírculo, en el cual están indicadas muchas ciudades de todas las direcciones del mundo, de suerte que el visitante puede orientarse con exactitud y dejar que su mente y su corazón, en vuelo derecho, se trasladan a comarcas remotas donde hay parajes y seres que le son queridos.

Para subir al San Jerónimo el mejor medio es el funicular. Entra uno en una jaula grande en que caben hasta treinta y cinco personas y colgados de un recio cable vamos subiendo, primero en dirección oblicua, y luego, al arrimarse a la pared lisa de la roca, a unos dos metros de ésta y en dirección vertical. Desde la estación salvamos a pie una breve fauce o garganta cubierta de ramaje y escalamos luego el pico del cual dijo Verdaguer: Para ver bien a Cataluña, el rey Jaime I de Aragón subió a la cresta del San Jerónimo a la hora del ocaso. Qué pedestal para semejante estatua! Para tal gigante, qué bello mirador!

Pero Montserrat es mucho más que pedestal y mirador del rey Jaime. Montserrat es el Tabor mariano de España, y es faro altísimo de cultura y religiosidad para la comarca de Cataluña. Si la montaña es un templo gótico, el monasterio es su altar; si el templo es un palomar, la Virgen es la Paloma.

La imagen de la Virgen de Montserrat es pequeña, de unos noventa y cinco centímetros de altura. Es de madera; el rostro y las manos son de color negro. Se dice que primeramente fue venerada en la iglesia de los santos Justo y Pastor, de Barcelona; que en las primeras del siglo VIII la escondieron para librarla de la profanación de los moros y que ella se reveló prodigiosamente en la última década del siglo IX. Ello fue que unos zagalejos pastoreaban sus rebaños por las faldas del Montserrat cuando una buena tarde empezaron a ver luces hacia la mitad, más o menos, de la vertiente. Avisados el párroco y el Obispo, todos pudieron atestiguar que aquellas luces se repetían cada sábado por la tarde. Encabezado el pueblo por Gotomaro, Obispo de Vich, va al paraje de las luces misteriosas y en una hornacina, excavada en la roca, hallaron una diminuta estatua morena de Nuestra Señora. Paloma en las cavernas de la piedra, como dice el Cantar de los Cantares.

Hace siglos son sus capellanes y guardianes los monjes benedictinos. Ellos han hecho del santuario y de la abadía de Montserrat un foco de irradiación espiritual y cultural difícilmente superable. La liturgia monserratina es un poema de esmero, de pulcritud, de sobria solemnidad. Asistir a un oficio en Montserrat es sentir por el alma adentro unos preludios inefables de la liturgia eterna.

Continuadores de una ultramilenaria tradición de sabiduría, los monjes elaboran en su opulenta biblioteca y en su evocador scriptorium obras eruditas de Biblia, Patrología y Liturgia que acreditan lujosamente la proverbial paciencia benedictina. Desde el santuario y en la escuela altísima de su magisterio, Cataluña, tan rica de virtudes humanas y cristianas, ha aprendido el amor sabroso a la liturgia, la devoción a la Virgen, la adhesión a las más puras tradiciones hogareñas. Diríamos que Cataluña se aglutina y aún se aúna toda, espiritualmente, hacia el Tabor mariano de Montserrat. Brote suyo, renuevo de su tronco milenario, el Priorato benedictino de Medellín tiene por delante la tarea de contribuir, con esa pedagogía de San Benito que formó el alma de Europa a la educación y configuración cristiana de nuestra gente antioqueña.

CUENCA, CIUDAD PARA POETAS

El andariego ha oído encomiar con reiteradas alabanzas, el hechizo inevitable de la ciudad de Cuenca. Póngala usted, le decían, a par de Salamanca o de Sevilla, de Segovia o de Toledo. Más recatada que ellas, menos frecuentada por los turistas, Cuenca puede figurar entre las cinco ciudades más bellas y sugerentes de España. Hace poco, un barón alemán, viajero incansable y observador minucioso de lejanas tierras, decía de Cuenca: Sólo he visto en el mundo algo parecido a esto en el monte Athos, de Grecia, y en el alto Tibet. Pero con una diferencia: Cuenca, además vive!

Desde lejos, el andariego percibe la vetusta ciudad como una pirámide de gran elevación coronada por el barrio del Castillo, cuyas edificaciones se mezclan con restos de murallas ciclópeas. Tiene Cuenca una parte llana, moderna, urbanizada; tiene en la cuesta su parte antigua, con edificios vetustos, plazoletas solitarias, altos conventos acorazados en silencio, torres enhiestas, calles tortuosas y pinas con escalinatas, cuyas casas honradas por pétreos escudos y blasones, de un lado tienen un solo piso y del otro se asoman, por las ventanas de once pisos, a las honduras del río y a las lejanías del horizonte.

Esta Cuenca vieja, que es la que ha seducido al andariego, se levanta ahora en el recuerdo, como una proa de rocas altísimas que hiende la confluencia de sus dos ríos; el Júcar y el Huécar, dos ríos que limitan este paraíso de paz, de silencio y de vejez nobles.

El turismo internacional ha ignorado hasta hace poco este rincón maravilloso de España, una de las cinco provincias que forman el antiguo reino de Castilla, la nueva. Pero ya empieza a percatarse de su encanto.

Cuenca, le decían al andariego, es como la muchacha de la montaña, que metida en su diario quehacer de hilar la rueca y acarrear leña para el hogar, apenas prestaba atención al requiebro que le dijo un día un caballero que iba de camino.

Sospechaba Cuenca que poseía algo extraordinario en sus pinares montañoses, en su ciudad encantada y en sus casas colgadas sobre el abismo, exactamente como pudo la joven serrana intuir la inocencia de sus ojos por el piropo del transeúnte, pero pensando humildemente que todas las jóvenes de su edad tienen en sus ojos la inocencia.

Ahora Cuenca ha sido visitada con amor curioso por pintores, poetas y novelistas y aún por los simples andariegos o trotamundos de mochila a la espalda y botas claveteadas que conocen el polvo de muchos caminos. El núcleo urbano de valor histórico ha quedado últimamente, gracias a una cuidadosa restauración, conservado, embellecido y saneado para deleite de sus habitantes y de los visitantes que gustan de viajar hacia el pasado. En este domingo de julio, el andariego ha salido solo, según acostumbra, a recibir las emisiones artísticas e históricas de la vieja ciudad castellana. El andariego no sufre a su lado al guía oficioso o voluntario que pone su monótono disco hecho de inconexos datos históricos y disparatadas alusiones arqueológicas. El andariego prefiere ver, observar, anotar, dejar que el alma se empape de las sugerencias del pasado.

Hay un encanto difícilmente explicable en pasearse, ya al anochecer, por la Ronda, sobre el abismo de las dos hoces del Júcar y del Huécar o en subir por callejones abandonados como la antigua cuesta de Tarros o la escalinata de la Madre de Dios que con cada uno de sus rincones darían motivos para cautivar largamente a los artistas y sensitivos del pincel.

Como todas estas viejas ciudades de Castilla, Cuenca vive afebrada a su historia y a sus leyendas. Su fuero es el más notable de los de León y Castilla y fue copiado literalmente por muchas ciudades. Viene a ser una especie de recopilación de los antiguos usos y costumbres de Castilla y un resumen del derecho de aquellos tiempos. Entre

sus disposiciones hay dos famosas que es imposible omitir: Establecen los fueros una feria anual para la ciudad y ordenan que el forastero que durante ella cometiera un homicidio fuese enterrado vivo debajo del muerto. Ordenan igualmente que en todo Cuenca sólo haya dos palacios: el del rey y el del obispo, sin duda con el objeto de evitar que la nobleza se estableciese y ejerciese dominio en la ciudad.

Un poeta, subyugado por el ambiente y el peregrino paisaje de la ciudad, la ha llamado "Nueva York medieval", y en este mismo tono de requiebro se puso el que dijo: "encantada ciudad que te has dormido...".

Pero Cuenca, con perdón del poeta, no se ha dormido. Cuenca vive despierta, aunque soñadora y ha tenido últimamente una idea que la va a convertir en el alcázar de todos los poetas del mundo. La ciudad va a abrir de un día para otro la Torre y el Jardín de los poetas. La torre de la desaparecida iglesia de San Gil, después de restaurada, servirá de hospedería a todos los poetas del mundo, sin limitación ninguna. Tendrá una gran biblioteca de poesía exclusivamente, un salón de tertulia y recitales y un dormitorio para los alumnos de las musas. La gran novedad ha de ser el observatorio astronómico que allí se instalará para diversión o entretenimiento de los poetas. En la azotea irá colocado un gran telescopio para ponerse en comunicación, por las noches, con los luceros y particularmente con la luna, que a pesar de lo vilipendiada que a veces ha sido y de los intentos rusos y norteamericanos de violar su espacio y su misterio, sigue siendo el gran farol de los poetas y un imán de sus ojos y de sus líricas efusiones.

El jardín de los poetas, presidido por el busto de Fray Luis de León, es como un gran mirador sobre el paisaje. En este jardín alzan su gracia esbelta dos palmeras, dos airosas y extrañas palmeras que son posiblemente los dos únicos ejemplares en toda la escueta geografía castellana. Y no falta la monotonía deliciosa de un surtidor, de aguas claras como la poesía del pueblo, y fugitivas como las vidas de los hombres. El acceso al jardín se tendrá por un callejón estrecho. Y su nombre es como una consigna de lírica superación: Se llamará el callejón de la rima difícil.

El andariego, al salir de Cuenca con toda el alma canora de evocaciones viejas, altas y nobles, piensa que ciertas cosas sólo suceden en la tierra de Don Quijote y de Santa Teresa.

LA VIRGEN DE MARZO

Hace ya unos años, por las vueltas de San José, cuando la primavera se presentía en los aires delgados de la meseta castellana, me fue dado peregrinar a un rincón prestigioso de soledad, de liturgia y de historia. En un atardecer luminoso de marzo llegué a Silos. El monasterio benedictino de Santo Domingo de Silos queda a trasmano de las arterias del turismo. Sus valles trigueros, sus colinas pedregosas no han incitado al viajero de ojos con tedio. Sus bellezas se ofrecen limpias e inocentes en su primitivo paisaje. Uno va llegando a Silos por una carretera polvorienta, orillada de árboles viejos, desde Aranda de Duero,

cantada en los romanceros medievales. A mitad del camino dormita Caleruega, señoreada por el castillo roquero de los señores de Guzmán. Allí nació Domingo, batallador de Cristo y apologista ibérico en comarcas francesas inundadas por la herejía. Tras una vuelta de la carretera y pasado un breve túnel se encuentra uno con el rincón de Silos, rincón de soledad, de piedras, de monjes y de historias bellas.

Santo Domingo de Silos es un puebluco burgalés del partido judicial de Salas de los Infantes, la villa que pervive en bravos cantares de gesta. Silos asienta en terreno montuoso, cruzado, que no regado, por el exiguo caudal del río Mataviejas. Silos ha entrado en la historia por el monumento pétreo de su real monasterio benedictino. Y en su monasterio, lo más impresionante es el claustro. Cuando un monje castellano, todo mesura y sosiego, me franqueó la entrada, la luz de la tarde tenía un diáfano color de miel campesina. Un oro impalpable idealizaba el aire y las viejas piedras historiadas. El claustro de Silos vale por toda la abadía. Qué golpe de vista, qué inédita sorpresa la que suscita ese maravilloso cuadrilátero de géminas columnas románicas, coronadas por los famosos capiteles! En pocas partes ha dejado el arte románico tanta riqueza y variedad decorativa! Hay allí una abigarrada zoología, una enigmática mezcolanza del reino animal con el reino vegetal. En aquellos capiteles de garzas y palomas, de pájaros zancudos y harpías con cabeza de mujer, de cervatillos cornudos y de grifos con pezuñas, de máscaras y de trasgos anida el misterio de un Oriente erizado de símbolos. Solo Dios sabe qué transmigraciones de la cultura llevaron a ese riñón de la soledosa Castilla ese bosque de simbolismos robados quizás por un artista de alborotada fantasía a un viejo tapiz procedente de Persia. Hay quienes opinan que el claustro de Santo Domingo de Silos es la obra artística más oriental de toda la cristiandad de Occidente. Y su factura bien pudiera atribuirse a esos cinceladores hispanomorisicos que en Toledo moldeaban la piedra con la misma delicadeza con que labraban el marfil o afiligranaban el oro. Qué contraste, en la anochecida castellana, el de esa pétrea cosmogonía exótica, como de sueño o de pesadilla, con el sosiego de las galerías monacales, con el altísimo silencio aplomado sobre las guijas del ancho patio, con el sonar monocorde del surtidor junto al ciprés erguido hacia el azul nocturno!

De pronto, en un ángulo del patio, como una aparición de sobrecogedora beatitud, una Virgen con su Niño en las rodillas, sentada sobre un trono de fieras. La mansedumbre de una doncella con su grácil doncel, sobre la fortaleza de dos graníticos leones. Es la Virgen de Marzo. No es precisamente la Virgen de la Anunciación. Esta fue esculpida en uno de los bajorrelieves de la arquería y tanto por su composición como por su ejecución y singular encanto, figura entre las obras más insignes de la declinación del arte románico. Esta otra, llamada la Virgen de Marzo, es una poderosa emperatriz, las manos en ademán dadivoso, ceñida de alta corona, que llega casi al artesonado. Hay en toda ella un bizantino hieratismo, inherente a la dignidad de Madre de Dios. Y de su rostro amplio diría uno que emergen dos ojos grandes, arrobados, hipnóticos, dos ojos que a uno ya no se le pueden olvidar.

La Virgen de Marzo es la madre de los monjes negros, de la hueste seguidora del Abad Benedicto. En frente de ella está el sepulcro del monje Domingo, que en el año 1041 recibió de Fernando, rey de Castilla y de León, la encomienda de restaurar la ya vieja abadía de Silos, cuyos verdaderos anales comienzan con un documento manuscrito de Fernán González, el fundador de Castilla. Cuando Castilla nació, ya Silos estaba en pie, dispuesta a caminar con pasos de días hacia los siglos futuros. En sus claustros sonaron los primeros vagidos de esta habla nuestra que desbordó la heredad castellana y avasalló reinos, islas y continentes. Silos se alzó en tiempo de cenobios y castillos, de monjes como guerreros y de guerreros que creían y oraban como monjes. Eran los días de la entrañable cristiandad del medio evo, amiga de la santa cruz, de las vírgenes aparecidas, de las leyendas de oro y de los versos de hierro con andadura centenaria.

Atardecer de marzo, entre invernizo y primaveral. Bajo las arcadas del claustro se condensa una invisible oleada de penumbra. De lo hondo del claustro viene un joven benedictino. Es un mozo espigado, moreno, con estampa de labriego de Castilla. El monje pasa delante del peregrino e inclina levemente la cabeza. El monje se acerca a la Virgen de Marzo y le besa el pie de cincelada roca. Sobre un candelabro enciende tres luces, tres lenguas de oro titilantes en la oscuridad. Después, erguido, el monje alto y joven, ora silencioso. Unas campanadas hienden melodiosamente la soledad del monasterio de Silos. Es preciso partir. El ciprés centenario, eternizado en el soneto de Gerardo Diego, se alarga hacia el cielo de la naciente noche como si fuera a ensartar un lucero con su punta. Y uno se aleja de la abadía llevando clavados en lo hondo del alma aquellos dos ojos de piedra, grandes, enigmáticos, entrañables, como fanales de insospechada luz a donde fueran a posarse, piropos de un limpio amor, las endechas de la letanía lauretana.

Ahora, en este marzo del trópico, el ánimo se ha tornado añoradizo. Hoy, el peregrino de aquella tarde inolvidable, evoca el rincón de Silos como un cofre aromado de liturgias, de leyendas y de historia. Y desde el valle lindo de Aburrá, que honra a la Virgen de Febrero, le envía a la Virgen de Silos, a Nuestra Señora de Marzo, la saeta de un avemaría rezada también en castellano, en la lengua que Ella vio nacer, en el román paladino de Gonzalo de Berceo y de los labradores de Burgos.

AQUI SANTIAGO DE COMPOSTELA

Un 24 de julio a eso de las tres de la tarde, divisé desde la ventanilla de un tren humoso y lento las torres gemelas de la Basílica del Señor Santiago. Confieso que el corazón me dió un vuelco. Era el prestigio de toda la historia de Occidente cristiano que se me agolpaba sobre el alma. Y era el presentimiento de una ciudad santa en trance de jubileo. Y no me engañé. Compostela era ya un hervidero de peregrinos. Allí gentes de toda España y de todo el mundo, de todas las lenguas y de todos los atuendos.

Mi primera visita fue para la Basílica, a dar el clásico abrazo al Señor Santiago. Después, a una fonda, a probar el succulento yantar gallego, y en seguida a las calles, hervorosas de gente, moteadas por las boinas rojas de tres mil muchachos del Frente de Juventudes que, esa mañana, en su estilo marcial, alegre y paladino, habían ganado su jubileo con un rito de imponente austeridad. Así culminaban sus jornadas por mar y por tierra desde todos los extremos de la geografía ibérica.

Caminando por esas rúas, cauces de piedra de tanto fluír de historia, tropecé inesperadamente con dos amigos de Madrid: Manolo Caivo y Ceferino Maeztú, ambos periodistas y ambos encariñados con Colombia cuyas ciudades principales visitaron hace mucho tiempo. Buena compañía ésta de los periodistas para saber captar instantáneas de interés. En efecto: a poco nos deparó el cielo una linda ocasión. En el parque de la Herradura vimos cómo se formaba en procesión un grupo de varios centenares de extranjeros: eran los peregrinos de "Pax Christi", franceses, alemanes, holandeses, belgas y españoles.

Macuto a la espalda, la concha de los peregrinos al pecho, bordón en mano, se movilizaron por las rúas estrechas, entre la admiración de los transeuntes, hacia el pórtico de la Basílica. Cantaban el rosario en francés y se les veía en el rostro el cansancio de largas jornadas. Muchos de ellos, como sus antepasados del medioevo, venían desde Roncesvalles a pié, por la ruta histórica, bajo el camino estelar de Santiago...

Impresionaban aquellas jóvenes, tan rubias y tostadas, aquellos sacerdotes barbados y ojerosos, aquella su reciedumbre en profesar la fe en esta Europa que se hunde y que se lo debe todo a Cristo.

Los peregrinos llenaron toda la nave central de la Basílica. En el presbiterio presidían los Cardenales Feltin y Quiroga, de París y Compostela, ante quienes los peregrinos reafirmaron su fe en valiente fórmula reiterada en varias lenguas

—Cuál es nuestro Cardenal, pregunté a una vejezuela que pegaba su cabeza a las verjas altas del presbiterio.

—El nuestro es el de la derecha, aunque en realidad, se corrigió, todos son nuestros...

Qué bella manera de sentir la catolicidad!

Terminada la presentación y el lucro del jubileo con el canto unánime de las oraciones en latín los peregrinos pasaron el crucero de la Basílica para presenciar un espectáculo único en el mundo: el funcionamiento del botafumeiro, enorme incensario que al impulso de diestros mozos, se balancea de extremo a extremo del crucero basilical hasta tocar casi la bóveda altísima del mismo. Su origen se remonta a la edad media y tenía por destino el de perfumar el templo y sus galerías superiores cargadas con el olor de aquellos andariegos sudorosos y polvorientos.

La noche nos reservaba dos visiones maravillosas. Para las doce estaban anunciados fuegos artificiales ante la fachada de la Basílica. La plaza estaba colmada hasta el apretujamiento. La fachada imponente aparecía casi toda cubierta de otra de cartón policromado. De repente estalla un mundo prodigioso de bengalas, de luces, de estampidos, de surtidores de cohetes, en una policromía de ensueño oriental.

Parecía que una aurora boreal detonante se había levantado sobre Compostela. La visión duró cerca de veinte minutos. A la una, otra de las plazas laterales de la Basílica se colmaba de peregrinos. En el atrio de la casa de la Parra, no lejos de la Casa de la Troya, se había levantado un tinglado y los Universitarios de Madrid, como en los tiempos de Lope y Calderón, se iban a sumar a los festejos religiosos con la aportación del arte. Una loa de Lope y el sublime artificio barroco de "La vida es sueño" fueron el pórtico para la jornada jubilar del 25 de julio.

GRANDIOSA JORNADA JACOBEA EN SANTIAGO DE COMPOSTELA

Es difícil narrar con sobriedad y sencillez lo que acaba de contemplar el cronista en Santiago de Compostela. Este 25 de julio constituye el vértice supremo de unas conmemoraciones que están encaminando a Compostela peregrinos fervorosos procedentes de todos los puntos de la catolicidad.

Uno ha vivido en Roma, por gracia de Dios, y ha visto aquel hervir de gentes que, presurosas, convergen por todas las vías y callejas a la plaza incomparable de San Pedro. Y uno encuentra muy parecido a ese movimiento y a esa explosión de fe lo que contempla en esta mañana del 25 de julio en la ciudad gallega, toda agrupada en torno a la mole imponente y esbelta de la Basílica de Santiago.

Toda la noche del 24 hubo animación en las calles de Compostela. Noche templada, como las mejores del verano. En los cafés, en las terrazas, bajo los porches, grupos de forasteros y de peregrinos ahuyentan el sueño charlando gozosamente. A ratos un autocar lujoso, un prosaico camión, descargan nuevos grupos de personas con indumentas raras de otros países o con los típicos vestidos de los campesinos de Galicia.

A las primeras horas de la mañana la ciudad bulle profusamente engalanada con coigaduras, banderas y gallardetes de los colores nacionales. Y la gente, madrugadora y previsora, se va estacionando en la señoría! Rúa del Villar y en la Plaza de España. Todo el mundo sabe ya que el Caudillo Franco viene a Compostela a presentar la ofrenda de la nación al Apóstol Santiago.

A las nueve de la mañana comienzan a llegar autoridades. Una hora después, casi todos los ministros del gobierno español. Hacia las diez y media se percibe en la Plaza un rumor lejano como de mar alborotado. A poco, el nombre de Franco, martillea isócrono los aires. La entrada en la plaza es de apoteosis. Al descender el Caudillo, ante la fachada del Obradoiro de la Catedral Basílica, los 3.500 muchachos del Frente de Juventudes que de toda España han peregrinado a la tumba del Apóstol, lanzan al aire sus boinas rojas y mezclan sus gritos a las aclamaciones de los millares de personas concentradas en aquella soberbia plaza.

En la puerta del Obradoiro esperaban al Caudillo, el Cardenal Quiroga, Arzobispo de Santiago de Compostela, el Cardenal Arri-

ba, de Tarragona, y el Cardenal Feltin, de París. Imposible describir el aspecto de la Basílica y el desarrollo de las ceremonias litúrgicas, con aquella inicial procesión mitrada de tres Cardenales y 23 Obispos precedidos por el Oferente, que este año es el Caudillo cristianísimo de España.

Sólo quiero recalcar en lo que sucedió al ofertorio. Terminado éste, el Caudillo se dirigió a las gradas del altar mayor y allí, de rodillas, visiblemente emocionado, dio lectura a una invocación paladina y fervorosa que llenó de lágrimas los ojos de cuantos la escucharon y de orgullo el corazón de los católicos españoles que son y se consideran decentes.

Franco recordó la protección patente del Apóstol y de la Virgen María no sólo en las batallas libradas por España hace siglos en defensa de la fe sino en la pasada cruzada que él debió dirigir como Jefe supremo. "Nuestra cruzada, dijo, ha sido pródiga en hechos que pudiéramos calificar de portentosos: aquel dominio del mar mantenido durante tres años sin barcos ni medios materiales, sólo por la fe, la decisión y la ayuda de Dios. Aquella importantísima captura, en una amanecida de los primeros meses de la guerra, cuando en los frentes escaseaban las armas y la diferencia de medios se dejaba sentir más, de un barco de 8.000 toneladas cargado de material de guerra destinado a nuestros adversarios y que contenía todo cuanto nuestros ejércitos necesitaban para completar su armamento...".

En la respuesta del Cardenal Quiroga hubo una lección que ciertamente no era para España sino para otros países carcomidos de logias y de liberalismo y hasta para otros católicos tan avanzados que rechazan ya las tesis de la armonía entre la Iglesia y el Estado, propugnan como ideal la separación de ambas potestades y hacen escándalos y aspavientos farisaicos porque en España se está tratando de realizar la doctrina tradicional de los buenos teólogos y canonistas acerca de la mutua inteligencia de ambos poderes. "Como prelado de la Santa Iglesia, yo os felicito, Excelencia, por haber sido elegido por Dios para reafirmar nuestra unidad católica y para asentar en España este sistema de relaciones entre la Iglesia y el Estado, en las cuales —pese a las erróneas interpretaciones de los deficientemente informados y de los hombres de mala voluntad y de intención torcida— se está tan lejos de una supeditación del Estado con relación a la Iglesia, que ella no quiere ni podría aceptar en asuntos que no la competen y que el Estado no consentiría jamás, como de una servidumbre o enfeudamiento de la Iglesia con relación al Estado, que éste no pretende en manera alguna y que aquélla rechazaría en todo caso hasta el martirio y hasta la muerte...".

Por la tarde de este jubiloso día tan lleno de historia y de sol veraniego, Franco inauguró el llamado Hostal de los Reyes Católicos, construido en el antiguo edificio del Hospital Real, fundado por Isabel y Fernando para hospedaje de peregrinos. El Hostal es una de las más grandiosas joyas de la arquitectura medieval y tal como ha sido reconstruido, puede figurar ya como uno de los establecimientos de su género más bellos y cómodos en Europa.

Con los primeros hábitos de la noche el cronista ha salido de Compostela. Ya en el tren lleva el corazón confortado de visiones bellas y amables. Ha dejado la ciudad entregada al goce de su fe, de sus peregrinos, de su espléndida atardecida. Cuando se asoma a la ventanilla a ver por última vez la ciudad, sólo divisa, en el horizonte, las torres de la Basílica, pero ya casi esfumadas en estas nieblas, tan amadas, del paisaje gallego.

UN ALARDE DE FOLCLORE ESPAÑOL

Pocas naciones habrán festejado de manera tan llamativa e inolvidable la solemnidad de San José Obrero como esta España maravillosa, como este Madrid exultante del primero de mayo. Nunca podrá el cronista olvidar lo que vieron sus ojos, lo que le pasó como un estremecimiento por el alma en la tarde primaveral del domingo. En el estadio Bernabeu, el estadio famoso de los futbolistas de la furia española, se celebró esa tarde la primera demostración sindical de Música y Danza. Cuando a las ocho y veinte de la tarde se presentaba el General Franco en el palco de honor del estadio, éste ofrecía un aspecto impresionante, con todos los rincones abarrotados por masas de espectadores.

A poco, por dos extensas rampas situadas en los extremos del graderío que da frente a la presidencia, comenzó el desfile deslumbrador de los diez mil participantes en la demostración. Los distintos grupos, bandas de música, rondallas, danzarines y cantores descendían a la arena y se dirigían a rendir su saludo al jefe del Estado. Luego, en una lección de ejemplar disciplina, evolucionaban y se trasladaban al tablado en que les correspondía actuar, mientras los coros ocupaban en el graderío lateral un extenso terreno acotado para ellos. Había un total de 110 agrupaciones artísticas.

Sobre el verde césped del estadio alzaban su elegancia dieciocho tablados contorneados de luz de neón.

Empezó, en el tablado frontero a la presidencia, el grupo de la Coruña. Franco es gallego. Y sus coterráneos y coterráneas trezaron ante él los pasos de la muñeira al ritmo del bombo y el tamboril, cortejo invariable de la gaita añorante. Y en seguida se produjo el milagro: la movilización general de la inverosímil riqueza del folclore español. Los tablados se colorearon de danzantes y el aire se pobló de ritmos y de coplas. Y los ojos no sabían a donde mirar ante esa policromía fabulosa hecha movimiento, hecha sinfonía de ritmo, de color y de música.

En el estadio vibraban, rugían y cantaban violines y contrabajos, palillos y panderos, crótalos y castañuelas, triángulos y bandurrias, guitarras, laúdes, tamboriles, dulzainas, caracolas, chistus, acordeones, armónicas, conchas, almireces, requintos y clarinetes, músicas de golpeteo, de viento y de cuerda.

Pero la fiesta era también para los ojos. Solamente el vestuario mantenía a los espectadores en hechizada y asombrada curiosidad. Allí trajes de fiesta y de faena, candiles en la frente de los mineros, corpi-

ños con brillo de lentejuelas y espejuelos; sedas, paños, terciopelos y percales; mantillas, brocados, delantales, guantes y refajos, todo un bulir de trajes regionales con abolengo de siglos y quizás de milenios.

Cada región de esta España varia, pinta y abigarrada presentó allí su sabor, su color y su fragancia. Su sentido estético, adobado por paso de centurias. Su explosión primaveral de coreografías ancestrales. En un tablado al sonido acre de la copia nos traslada a cualquier rincón de Cataluña, en donde las ruedas mesuradas parecen hablarnos de un salón señorial; las danzas de los vascos imponen su geometría categórica; Mallorca, su sensualismo mediterráneo, dulzón y muelle; Aragón, su jota bravía de rugidos altaneros; Andalucía sus quiebros que picardean y el revuelo de sus peinetas y claveles sobre esculturas agitadas; Asturias, su racial y melancólico envió; la Mancha de Don Quijote sus seguidillas; Tenerife sus folías y sus "Isas" con mucha nieve y mucho fuego, como el Volcán de Teide; Madrid, su bolero castizo y sus chotis ceremoniosos; Galicia, la melancolía de su gaita de sonos pegajosos como la neblina de sus paisajes y Castilla, la Castilla eterna del cielo absolutamente azul sobre las llanuras pardas, la precisión de su alta geometría estelar y su ascetismo que se trasluce hasta en el estilo de sus bailes.

Hubo un grupo que levantó clamores de sorpresa: el de la "danza de la muerte" de Gerona. Era un grupo de fantasmagóricos esqueletos, precedidos y seguidos por antorchas y encabezados por un estandarte de color morado en que campeaba este letrero: el tiempo es fugaz. Danza antiquísima, que venía a poner unas notas de fugacidad y también de eternidad en este maravilloso cromatismo, en esta fascinación de los sentidos. Era algo así como un vientecillo frío que soplara sobre el estadio desde la edad media remota, dominada por el pensamiento de la muerte aún en el holgorio de sus carnavales.

Fue esta exhibición un espectáculo inolvidable y hasta ahora desconocido en tal plenitud de conjunto. Duró, reloj en mano, noventa minutos prefijados.

A continuación, y en medio de un silencio impresionante, apagados los focos del estadio e iluminadas solamente las tribunas situadas frente a la presidencia, las masas corales interpretaron el aleluya de Haendel. Fue algo inenarrable. De pronto, la canción se hizo plegaria. Sonaban las voces de los trabajadores de España cantando la gloria del Señor. Luego, sobre la masa coral que entonaba el "aleluya" se encendió en el aire nocturno del estadio una enorme cruz alta y blanca que puso la emoción en todos los corazones.

Como final, las diez mil voces de participantes cantaron el himno sindical y quince bandas interpretaron el himno de España. Cuando el Caudillo abandonaba el palco, entre las ovaciones de la muchedumbre, el cronista pudo percibir los comentarios de los espectadores tejidos de admiración, de hipérbolos y de legítimo orgullo. Uno recordaba aquel soneto de Ricardo León que empieza así: Esta es España, imítela quien pueda. Y uno regresaba a su hogar pensando: dichoso el pueblo que con danzas y coros sabe dictar semejante lección de belleza, de historia y de hermandad patriótica.

PROCESIONES Y DANZAS FUNEBRES EN ESPAÑA

Estos dos apuntes carpetovetónicos que vamos a trazar aquí, están demandando el genio de José Gutiérrez Solana. El pintor Solana, según es sabido, meneó con pareja gallardía y con visión unitaria el pincel y la pluma. Díez Canedo dijo de él en "Revista de Occidente": "El caso de que un pintor escriba no es raro ni nuevo. Menos frecuente, sin embargo, que las cualidades que muestra en una de las artes logren equivalencia cabal en la otra". Y Azorín afirma: "La pintura en José Gutiérrez Solana tiene su correlación lógica en el arte literario del pintor". Pues bien; uno de sus libros se llama "La España Negra". Pero, en general, toda su extensa y famosa obra pictórica podría incluirse en el encasillado de la España negra. Parece que gozó en bucear y dibujar la España más amarga, más quieta, más seca y más dilacerada. Por eso nos parece raro que no reprodujera la procesión gallega de las mortajas o el llamado Baile de la muerte, de un pueblecito de Cataluña.

Hay dos aldeucas de Galicia: Puebla del Caramiñal y Santa Marta de Ribarteme, en que se celebra la procesión de las mortajas. Consiste en que decenas de hombres, mujeres, niños, van portando, por sí solos o con ayuda de familiares, los ataúdes que ya tenían dispuestos en casa por haberse hallado a las puertas de la eternidad, de frente al gran viaje. Pero del trance los salvó el milagroso Jesús Nazareno, de Puebla del Caramiñal, o Santa Marta de Ribarteme, allá, por los montes de Pontevedra.

El forastero, atónito y encogido de pavor, contempla esa procesión macabra. Las campanas van lanzando sus tañidos largos e insistentes. Al atrio de la iglesia van llegando aldeanos y campesinos. Y de cuando en cuando, entre el silencio respetuoso de los vecinos, los portadores de ataúdes. Llegan descalzos, para más penitencia; demacrados y ojerosos por la dolencia que los puso en trance de muerte y algunos, vestidos de largos hábitos nazarenos o con amplias mortajas en que se envuelven ampulosamente.

Precedida por el Cristo milagroso, la procesión se mueve lentamente por las callejuelas de la aldea. Ahí va un mozo bien apuesto que lleva su ataúd bajo el brazo con ágil andadura, como quien lleva el estuche de un violonchelo. El otro, el labriego de rostro soleado y curtido, carga el ataúd sobre la cabeza, como si fuese una canasta de sardinas. Aquel otro, que es un niño, va mudando de hombro a hombro su infantil féretro blanco; la señora gorda y acezante, la señora enlutada sostiene su gran ataúd negro, decorado por un galón o cintajo de amarillo sucio que simula oro viejo. La procesión bordea el mar sombrío y calmoso. A la luz del ocaso, no acierta uno a distinguir si las aguas marinas reflejan ataúdes o barquichuelas. Como si fueran una misma cosa para esta navegación de las almas hacia la otra ribera.

El lúgubre desfile de Puebla del Caramiñal tiene un remate que resulta incomprensible y aún aterrador para el hombre de fuera. Los féretros que han sido llevados en la procesión se venden al final en pública subasta para acrecentar los fondos de la cofradía. Y el que más puja se gana su ataúd para futuras procesiones o para el viaje postrero. Que allá se llega cuando menos se espera.

La procesión de Santa Marta sí tiene su pintor famoso, de la escuela literaria de Solana. Me refiero a Camilo José Cela, miniaturista de una España popular de bobos, de mendigos, de llagados, de la más abigarrada fauna ibérica. Cela es un mago del idioma; pero no sabe uno qué es lo que él ha visto en la realidad y que es lo que añade su pluma preciosista e invencionera. Cela es el vagabundo que acude a Santa Marta de Ribarteme a pagar su promesa. El vagabundo —nos cuenta— andaba con la salud a vueltas y había prometido un ataúd si la santa lo libraba del ataúd. Y ahí va, por entre las madresevas y los tojos del camino, su ataúd a la cabeza, igual que una cesta de frescas manzanas de esperanza. Y oye las deprecaciones de los promeseros. Una mujer, con los ojos enrojecidos de llorar, dice: Que Santa Marta, ramiño de plata, nos traiga la salud con el agua del cielo y la flor de los campos.

Un viejo marinero, con un ancla tatuada en la frente y cien singuladuras grabadas, a golpe de galerna, en el corazón, dice: Que Santa Marta, flor de blanco lirio, nos traiga la salud antes que los primeros vientos de la mar. Y una mocita aún verde como los tallos tiernos del cerezo, suspira desde lo más hondo de su pecho: Que Santa Marta, sol de todo el mundo, nos traiga la salud con el amor que va de camino, como la anduriña... Detrás del pendón y de los andores —unos ramos adornados con plumas, bolas de cristal de colores y roscas de azúcar y de flor de harina—, marcha un niño Jesús minúsculo a hombros de cuatro rapaces varones. Siguen dos ataúdes infantiles, también llevados por niños; la Virgen del Carmen y sus marineros; un nuevo ataúd de blanco color e intención; otro, grande y de negros lutos llevado por hombres que estuvieran a la muerte, y otro, idéntico, que descansa sobre blandos y también robustos hombres femeninos. Cierra la procesión la imagen de Santa Marta, cubierta de cera y de presentes. Detrás marchan los curas con cruz alzada. Forman el cortejo mozas y patriarcas, matronas fundadoras de estirpes y niños que no han de lograr, hombres maduros y mujeres que ya no lo son. Todos romeros de aldeas lejanas que por la noche regresarán por los caminos sombreados alimentando sus ilusiones de volver al año próximo.

Parece ser que estas fúnebres procesiones tienen su origen en la curación milagrosa, acaecida hace más de dos centurias, en la persona del regidor de un pueblo en cuya cárcel se hallaban cuatro reos condenados a muerte. Como el regidor se había visto libre de una muerte que parecía inevitable, decidió indultar a los cuatro infortunados que aguardaban con angustia la hora de la justicia. En prueba de gratitud, corregidor y delincuentes se mezclaron en una procesión llevando al hombro el ataúd que había de recoger sus despojos. Y así nació la procesión de las mortajas por tierras de Galicia.

El Baile de la muerte se celebra, durante el tiempo penitencial de la cuaresma, en el pueblo catalán de Vergés, en la comarca del Ampurdán. Se organiza de noche sin otras luces que las de millares de improvisados y diminutos candiles, fijados sin alineación ni orden a lo ancho y a lo alto de todas las fachadas domésticas. Esos candiles pequeños, cuyas temblorosas llamitas constelan sugestivamente las callejuelas ensombrecidas, son caracoles vacíos en los que se ha depositado un poco de aceite de oliva y su correspondiente mecha.

En medio de aquellas salpicaduras de luz empieza a moverse, casi a deslizarse sigilosamente, la procesión de penitencia, en que interviene el Baile de la muerte. Son cinco hombres enfundados en mallas negras, sobre las cuales va pintado un esqueleto. La cara queda oculta por una calavera. Uno lleva la guadaña; el otro, le esfera de un viejo reloj de pared, que mide el tiempo fugitivo; el tercero una banderola negra que por todo adorno lleva una calavera y la inscripción catalana: "el tiempo es breve". Los dos figurantes que restan alzan en sus manos sendos platos con su montoncito de ceniza. Nada tan adecuado para predicar la fugacidad, la caducidad, la muerte de las cosas y de los hombres.

El silencio de cementerio que gravita sobre la aldea sólo se rompe por los golpes que un encapuchado va descargando, con ritmo lento, sobre un tambor de madera. A cuyo són los cinco esqueletos bailan una danza de movimientos angulosos y pequeños saltos. De trecho en trecho, el tambor para. Y los cinco danzantes enlutados quedan inmóviles como estatuas, señalando cada uno con la mano derecha el símbolo de que es portador: la guadaña, el reloj, la negra banderola, los platos de ceniza. Los espectadores contemplan, petrificados por una racha de fugacidad y de eternidad, esa pausa silenciosa del Baile de la muerte. En pleno siglo XX, cuando los hombres se aprestan a subir a los astros remotos, en el pueblecito ampurdanés de Vergés se sigue repitiendo, año tras año, esta danza de la muerte creada por el sentido español de la fugacidad en los mismos días en que se creaba la impresionante secuencia del "Dies irae".

BAMBUCOS EN CASTILLA

Huyendo del verano sofocante de Madrid, el cronista se ha refugiado en un rincón campestre de la sierra de Guadarrama, por la vertiente que da a Segovia. Allí se quedaron las inquietudes urbanas, el rutinario quehacer, el escritorio agobiado de acuciantes papeles, la importuna llamada telefónica, las calles asoleadas, la soflama asfixiante y los desvelos de la noche estrepitosa. Aquí acompañan el aire delgado, el cielo desnudo, la brisa fresca, el silencio sedante, los árboles viejos que son un lujo de la estepa castellana y las noches sumidas en quietud y tachonadas por infinitas, diminutas estrellas.

Qué apetecido y qué sabroso este volver a la hermandad de la naturaleza, bienhechora del hombre y pregonera de Dios! Y qué gozo inédito, de puro olvidado, este despertar mañanero, mientras se filtran por las rendijas de la ventana unos cuchillos de luz clarísima y suena jubilosa en la arboleda la algarabía de las aves madrugadoras! Uno abre las ventanas de par en par y se le entra el aroma de las petunias y la invasión de luz que se difunde sobre montes y llanuras por el aire de cristal y de oro. Cómo tonifica el mismo espíritu este viente-cillo que en oleadas deliciosas baja desde los pinares de la serranía! Recuerda uno a Fray Luis de León y su huerto salmantino de La Flecha. "El aire el huerto orea y ofrece mil olores al sentido...". Recuerda uno a Gabriel y Galán, el que cantó las pardas, onduladas cuestas, las lejanías hondas y la vida austera de los labriegos castellanos.

Prados, en donde ahora veranea el cronista, es una hacienda dilatada, sita unos cinco kilómetros abajo de la villa de El Espinar, por la carretera que va a Segovia. Es posesión solariega de los marqueses del Castelar, señores nobles, cristianos de pro. La casona, alta de tres pisos, con reminiscencias de castillo, es toda de piedra gris y se rodea de un caserío para vivienda de agregados y jornaleros. Se oculta casi entre un manchón de árboles añosos: fresnos, abetos, álamos negros. Este paraje es un oasis de verdor y de frescura en medio de los trigales ya segados y al pie del Carmocho y del Carmochín, de cuevas pedregosas con sobrio adorno de raquíuticos arbustos.

El clima de Prados es delicioso en verano, pues el calor no pica con exceso y se atempera con la arboleda que ciñe la casona y con los vientos que bajan de los cerros vecinos. En Prados no hay nada que ver sino cielo azul, montes rapados y llanuras resacas. De paseo por los aledaños, cuando el sol se amortigua, los niños me han ido nombrando los pájaros que por acá revolotean. En Prados hay gorriones, golondrinas, verderones, pardillos, vencejos, abejarucos, alondras, pinzones, neveritas, abubillas, andarríos, engaÑapastores, piquituertos y oropéndolas. He visto también aguiluchos, gavilanes, buitres, alcotanes y urracas. Por la noche, arropada en silencio, sólo he oído el silbo del viento, cuando sopla, y el monorritmo de las chicharras, que me recuerda las noches de tierra caliente en mi trópico lejano.

El cronista vive zambullido en la paz de estos campos y olvidado del mundo turbulento que se asoma a la prensa.

Los señores de la casa, sencillos de trato y nada entonados, tornan agradable con exquisitas atenciones, el descanso del huésped. Los campesinos: el vaquero, el pastor, el hortelano, los labradores son un encanto de seriedad y de campechanía. Ofrecen su pan y su queso y el vinillo rojo de sus botas que cae en chorrillo sobre las encías del bebedor. Cada familia es numerosa, y tiene su despensa bien abastada. Los mozos son sanotes, las mozas son guapas y ostentan la inocencia y la sencilla hermosura de las rosas de estos huertos, de las amapolas de estos trigales.

La primera noche en Prados, el huésped prolongaba la tertulia en el patio delantero de la casona, al pie de los álamos y bajo el pabellón del cielo acribillado de luceros altísimos. Cómo destellaba arriba la pedrería millonaria del camino de Santiago!

De pronto, en el silencio de la noche, oyó alzarse un coro de voces campesinas. Eran los mozos, las mozas y la chiquillería que sentados al aire libre, sobre el suelo o en poyos adosados a la pared, daban escape a su apasionada alma ibérica a través de canciones regionales intensas de picardía y de pasión. Luego, tras un momento de silencio y unos cuchicheos, al acompañamiento de una dulzaina y una guitarra, comenzó a subir a los aires atónitos de la noche estrellada y serena una vieja canción de mis breñas nativas. El 6 de agosto por la noche, en un rincón campestre de Castilla, unos mozos y unas mozas lanzaron por los valles de Prados las notas nostálgicas de "Antioqueñita". Entonces, por el alma del huésped pasó estremecedora la divina ráfaga de la poesía. Sintió subírsele, en incontenible oleada de añoranzas y evocaciones, todo el mundo sentimental de su niñez huída en un

pueblecito de los Andes antioqueños, en donde los primeros moradores blancos nimbaron todas las cosas bellas con el nombre de su solar ultramarino: rosas, jazmines, moras, miel de Castilla.

Este seis de agosto, a la hora misma en que en Bogotá los orfebres y guardianes del idioma reafirmaban el imperio espiritual del alma castellana y glorificaban la péñola de Teresa de Jesús, de Cervantes y de Marco Fidel, aquí, en un rinconcito de Castilla, unos humildes hijos del pueblo hacían flotar en los aires quietos de la noche estrellada el alma creadora y sentimental de Colombia. ¿Quién obró el prodigio? Quizás nos lo podría decir el Padre Diego Cortés, sacerdote claretiano, que anduvo hace tiempos por estos solares de viejas y nobles historias. Sembrador de canciones y de simpatías, al hacer colombianismo hizo también hispanidad.

LA DAMA DE ELCHE

Para los días finales de mayo se espera en Madrid a un "isidro" excepcional. Isidro llaman los madrileños al campesino o lugareño que viene a esta villa del oso y del madroño a ver cosas bellas con motivo de las fiestas patronales. Isidro es todo forastero que llega a pasmarse, abrir los ojos y comentar ingenuamente las maravillas que le sorprenden. El que ahora esperamos aquí es un anciano de setenta y cinco años que jamás ha salido de su pueblo levantino y que viene con el único objeto de contemplar por última vez a una Dama famosa en todo el mundo: a la Dama de Elche.

Es esta la más original y típica escultura de la raza ibérica. Vivió milenios bajo tierra, emigró apenas descubierta a la vecina Francia como cualquier damisela aristocrática que viajara a París a beber el licor de la felicidad y volvió a España, en 1941, para vivir alojada en el Museo del Prado expuesta a la curiosidad de millares de visitantes, para desquitarse de la noche y soledad de siglos que hubo de sufrir en su nativa Elche.

Su historia es novelesca. La ha contado Manuel Campello Esclápez, el agricultor levantino que a los catorce años de edad, tuvo la suerte de sacar a luz a la que él sigue llamando, anacrónicamente, la Reina Mora...

—“Yo era entonces un muchacho de catorce años y aunque no tenía edad para ir a jornal, sí ayudaba a mi padre y hermanos en las tareas del campo. En el verano de 1897 estábamos nivelando una ladera de La Alcudia para hacer bancales y plantar en ellos granados y alfafa. El cuatro de agosto por la mañana me dirigí al sitio en que estaban trabajando los hombres bajo un sol de castigo cuando éstos, para descansar y fumarse un pitillo, se sentaron a la sombra de una higuera cercana. Yo, mozalbete, para entretenerme en algo, cogí un pico y me puse a rebanar la cuesta.

De pronto, el pico me rebotó contra una piedra y decidí irle buscando los lados y mondándola de todas las costras para sacarla de cuajo, cuando me doy cuenta de que la piedra era una cabeza de mujer, con unos adornos rarísimos. No he olvidado la impresión que en-

tonces experimenté. Me parecía que la reina mora me miraba con unos ojos tristes, pero de gratitud por haberla desenterrado. Llamé a los hombres y entre todos fuimos descubriendo el busto que estaba en posición normal, algo inclinada hacia su lado derecho. A su alrededor había unas losas que le resguardaban la espalda, algunas piedras irregulares y un trozo de pared. El capataz comunicó la noticia al dueño de la finca, el Doctor Campello, que llevaba mi mismo apellido, aunque no éramos de la misma familia. A la tarde llegó el Doctor Campello. El busto fue cargado en un carrito y llevado al domicilio del doctor”.

Lo que después sucedió lo ignora el descubridor del busto. El 15 de agosto se celebra en Elche, desde la remota edad media, el llamado “misterio” o representación de la Asunción de María. Con este motivo fue de visita a la ciudad el hispanista francés **Pierre París** que apenas vió el busto comprendió su valor arqueológico e histórico y trazó un plan rápido para transportarlo a Francia. Ya en Madrid, Berlín y Londres, se conocía la noticia del hallazgo y había museos y anticuarios que especulaban en torno a la estatua de la Dama. A las primeras ofertas el Doctor Campello se negó rotundamente. Pero el monsieur siguió insistiendo porfiadamente y haciendo resaltar la nombradía mundial que le daría a Elche la colocación del busto en el Museo del Louvre. Al fin el Doctor Campello cedió y vendió la Dama por cuatro mil francos.

En torno a la Dama de Elche ha corrido la tinta de los arqueólogos con una afluencia torrencial. Se ha dicho que pertenece a una estatua de cuerpo entero; que representa a una sacerdotisa; que más bien es un guerrero; que es un monumento triunfal; que es una efigie funeraria o votiva. Se ha escrito sobre su artificioso tocado y collares, sobre su procedencia etnológica y artística, sobre la extraña cavidad esférica que tiene en el dorso.

Pierre París, el que la compró para Francia, opina que es obra de un artista que conocía los procedimientos del arte griego y que su estilo es el greco-fenicio de España.

Heuzey, aceptando que sea obra ibérica, supone la influencia del arte asiático. Y Luis de Hoyos, catedrático de la Universidad de Madrid, asegura que la Dama de Elche representa uno de los más valiosos ejemplares para el conocimiento etnográfico y antropológico del supuesto tipo ibérico y que el busto puede verse reproducido hoy en las mujeres castellanas y en algunas de la Cataluña del litoral.

La expatriación de la Dama despertó en España un sentimiento doloroso, unánime, casi popular. No había un español de mediana cultura que al llegar a París dejase de visitar a su coterránea y sorprendiese como una chispa de aburrimiento y de nostalgia en el rostro severo y casi triste de la Dama que parecía envejecer más y amustarse entre tanta colección de objetos raros y de las más diversas culturas.

No han faltado los intentos de rescate. Cuando en la ciudad universitaria de Madrid se inauguró la casa de Velásquez, propiedad del estado francés, se hicieron gestiones para que la Dama fuese traída a esta residencia madrileña de artistas galos. Pero no se llegó a un acuerdo. En 1939 ante la amenaza de los bombardeos alemanes, la Dama pasó a guarecerse, como medida de precaución, en el castillo de Montau-

bau, cerca de Toulouse. En 1940 el General Franco se encargó personalmente de iniciar gestiones ante su amigo el General Petain, tan amante y conocedor de la cultura de España, donde poco antes había representado a su nación como embajador. Entre caballeros andaba el juego. España cedió a Francia varias pinturas españolas para colmar lagunas en colecciones francesas y archivos franceses que por movilidad de los hombres habían venido a parar en España. Francia cedió la Dama de Elche, una de las más lindas Purísimas de Murillo, que del Louvre pasó al Prado, el tesoro visigótico de Gaurrazar y otras piezas artísticas de grande interés. El 10 de febrero de 1941 la Dama de Elche se instalaba en el Museo del Prado con regocijo de sus compatriotas que nunca la habían olvidado.

Hace algunos años la Dama de Elche fue propuesta en Estados Unidos como la mujer más guapa del mundo, rival de las reinas de la belleza.

Dalí escribía en aquella ocasión que la reina egipcia Nofretete, Venus y Mona Lisa habían sido consideradas como las mujeres más bellas del mundo, pero cada una en determinados momentos psicológicos. "Pero hoy, agrega el discutido y celeberrimo pintor de Cadaqués, en los umbrales de una nueva idea de la belleza, el ideal de la mujer está representado por la Dama de Elche, símbolo de la juventud que tiene fe en el amanecer de una nueva edad de oro. Esta Dama española, tocada por la gloria de una reina es sencilla y popular. Tiene la aureola de un ángel y la fuerza de una amazona". Así será cuando usted lo dice...

Por lo que sea, la Dama, que algunos creen Damo, es decir varón, ha tocado sentimentalmente el corazón de muchos españoles. En el cementerio madrileño de Santa María una dama española de nuestros días ha hecho esculpir, para adorno de su mausoleo, una reproducción de la Dama ibérica. Y ahora Manuel Campello se viene desde su tierra de sol, de azul y de palmeras a este Madrid primaveral con el único objeto de ver, antes de cerrar los ojos para el sueño postrero, a la Dama de Elche, la misma que le dejó ver su rostro milenario a un labriego campesino de catorce abriles.